

ENJAULADA

EL DESENLAZADO

Sara M. James

Enjaulada
Parte II
El desenlace

Título: Enjaulada. Parte II. El desenlace.

Autora: Sara M. James.

Edición: Mayo 2018.

Todos los derechos están reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra, pudiendo incurrir una infracción al código penal sobre la piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24





Hacía un par de días que salí de la casa de Javier. Había tomado una decisión apresurada, pero ya no podía soportar nada más. Tenía que poner orden en mi vida y coger las riendas, no seguir al servicio de los demás.

Jamás había sido así de irresponsable, me gustaba dar la cara, pero fue demasiado. Rebeca cada vez tenía más poder en la casa y yo no terminaba de adaptarme, sobre todo, después de lo que pasó con Javier. Ver cómo seguía besando a Rebeca y cómo intentaba luchar porque lo suyo funcionase, me deprimía aún más. Me llegué a sentir muy utilizada y todo eso pudo conmigo.

Las ganas de vivir cada vez eran menos, no levantaba cabeza. La pérdida de mis papás era algo que tenía demasiado presente y cada vez que Javier me hacía sentir mejor, al día siguiente me pedía que olvidásemos todo, haciéndome más daño. No lograba entender cómo le era tan fácil pedirme aquello, mis sentimientos por él eran muy fuertes. No besaba a un hombre por antojo, para mí era algo importante. Él era todo lo que soñaba y, a pesar de tenerlo en mis brazos, seguía tratándose de algo inalcanzable.

Había llegado a un hostel pequeño la misma noche en la que me fui. Llevaba conmigo solo una pequeña maleta y la plata ahorrada de meses. Sabía que no era suficiente para pasar mucho tiempo allá, pero necesitaba un respiro. Quería pasar un par de días y pensar acerca de mi futuro y tener tiempo para tomar una decisión, pero las cosas no salieron tan bien como esperaba.

El hostel parecía de lo más normal por fuera, sin embargo, por dentro era todo un desastre. Me costó bastante plata poder dormir allá ese par de días y la habitación donde me hospedé parecía sacada de una película de terror. La cama podía tener cientos de años y fui incapaz de destapar el cubre lecho y las sábanas, podía apostar que no se habían cambiado en bastante tiempo.

El baño consistía en solo una pequeña ducha, acompañada de un inodoro pequeño. La limpieza dejaba mucho que desear, era un desastre. Los olores que emanaban de aquel lugar harían vomitar a cualquiera y yo no estaba acostumbrada a eso.

Echaba en falta mi pequeña habitación en casa de Javier, incluso el ruido que Marta hacía por la mañana. Todo eso era más agradable que aquella ratonera en la que acabé. No quería pensar que me había equivocado al tomar mi decisión, ya estaba allá. Lo único que me quedaba era tener paciencia y luchar para que todo cambiase. No quería tener lujos, ni mucho menos, pero sí vivir con dignidad y allá no podía conseguirlo.

La segunda noche que pasé, los vecinos de la habitación de al lado empezaron a discutir a altas horas de la mañana. La mujer le recriminaba infidelidades y él no paraba de gritarle que le daba absolutamente igual, que era libre de hacer lo que quisiese. Intenté taparme los oídos de todas las formas posibles, pero los gritos se podían oír desde la otra parte de la ciudad.

No podía encontrar paz, era completamente imposible. Tenía el ánimo demasiado bajo como para

pasarme noches en velas y, sumado al asco que me provocaba todo en la habitación, decidí irme en cuanto el sol apareciese por la ventana. Intenté por todos los medios no pedirle ayuda a nadie, sin embargo, no encontré más solución que acudir a casa de mi tía Laura.

Era mi última opción, sabía que no iba a ser feliz, sin embargo, necesitaba un poco de espacio y de tranquilidad para poner mis ideas en orden. Javier seguía rondando en mi mente y Daniel no desaparecía de mis recuerdos, pero el estar en la misma casa que Rebeca era algo imposible de concebir. Si había sido capaz de tirarme un plato de comida por la cabeza o de empujarme, los maltratos podían ir a mayor. Tenía que alejarme de su juego, por más que me doliese, e intentar hacer mi vida de otra forma.

Las pocas veces que visitamos a mi tía Laura, todo parecía normal, pero no había que ser demasiado inteligente para darse cuenta de las cosas. Acabó viuda pronto y a cargo de 4 hijos a los que tenía completamente malcriados. Aquellos hombres no sabían siquiera ni lavar un plato, además, ella no se lo permitía. Para mi tía, la mujer era la que tenía que consentir al hombre y éstos traer la plata a la casa, aunque ellos no hacían mucho por la vida.

En el velatorio de mis papás me había propuesto irme a vivir con ella mientras conseguía organizar mi vida, pero no acepté, me daba miedo acabar siendo su sirvienta. Mi papá, a pesar de ser su hermano, no habló nunca maravillas de ella, así que preferí mantenerme lejos hasta aquel momento. Aquel día, la única salida que me quedaba era acudir a ella por un tiempo, a pesar de todo lo que evité.

Le di mil vueltas a la cabeza mientras me dirigía hacia su casa y estuve, en muchas ocasiones, a punto de darme la vuelta, pero ya no tenía donde ir. La plata no me iba a alcanzar para nada y si me gastaba los pocos ahorros que tenía en hostales de mala muerte, mi futuro no iba a ser muy prometedor. Estaba sin techo donde pasar los días y la única opción que me quedaba era ella.

— ¡Rosario! ¡Qué alegría verte por acá! — Laura no tardó en abrir la puerta.

—Hola, tía Laura — intenté parecer feliz.

—Llámame solo tía, con confianza.

Le respondí el beso que me dio y me quedé un poco congelada con su abrazo. No nos habíamos visto muchas veces como para tenerme un cariño, además, yo no era de demostrar mis sentimientos. Me achuchaba como si verme fuese la mejor noticia de su día, como si me hubiese echado en falta durante demasiado tiempo.

Se quedó mirándome de arriba abajo y se percató rápidamente de que traía una maleta conmigo. Sentía un poco de vergüenza al tener que pedirle unos días en su casa, pero no hizo falta. Laura no era tonta, sabía que no iba a ir solo para visitarla.

—Por lo que veo, te has decidido a venir con nosotros — sonrió.

—No sabía dónde acudir...

—Tranquila, acá estarás mejor — cogió mi maleta y me invitó a pasar —, llegas justo a tiempo para la cena.

No recordaba bien la casa, hacía años que no iba por allá. Laura no vivía lejos de nosotros, pero no éramos demasiado cercanos. Mi papá y ella se criaron en casas diferentes cuando mi abuela se cansó de las infidelidades de mi abuelo y lo dejó. Ella fue a vivir con su papá para atenderlo, ya que no hacía absolutamente nada y mi papá se encargó de mi abuelita. Aquella distancia entre los dos los marcó bastante y, aunque se veían de vez en cuando, no tenían una relación demasiado estrecha.

La casa no era demasiado grande, se podía ver nada más entrar. La sala quedaba como en la mitad de todo y desde allá se podía ver la cocina y un pequeño pasillo que se dividía en varias habitaciones. Después de haber vivido en casa de Javier, con toda aquella decoración lujosa y todo

el espacio, aquello me parecía bastante feo, aunque era lo único que tenía. Necesitaba un techo donde dormir y pensar tranquilamente, no podía empezar a ponerme quisquillosa.

Nada más entrar, mis 4 primos se levantaron a saludarme emocionados. Me sabía los nombres de cada uno, pero, para mí, eran casi igual de extraños que mi tía. Roberto, el mayor, no paraba de abrazarme, mientras Carlos, Juan y Armando lo seguían. Todos eran muy parecidos, como si fuesen gemelos. Al principio me costó reconocerlos, pero no tardé mucho en recordar a cada uno.

Mi tía era demasiado bajita y muy delgada, no podía pesar más de 50 kilos. Tenía el pelo rizado y negro, como mi papá y una nariz pequeña, acompañada de unos grandes ojos negros. No era la mujer más hermosa del planeta, pero a mí me parecía linda.

Sus hijos, sin embargo, habían salido todos iguales. Altos y grandes, como si estuviesen apuntados continuamente al gimnasio. Mi papá siempre decía que mi tía tenía la desgracia de que ninguno de sus hijos se pareciese a ella y le recordasen todo el tiempo a su marido. Tenían un extraño color de ojos, un tono entre verde y azul, y la piel de ellos no era demasiado oscura. Seguramente tenían genes de algún país nórdico, no era habitual ver a hombres así por allá.

Me sentía un poco abrumada por tal recibimiento, pero comenzaba a sentirme cómoda. Me trataban como si me conociesen de siempre y no paraban de decir lo contentos que estaban al tenerme allá. No podía negar que me empezaba a gustar todas aquellas atenciones y hacía que me sintiese algo mejor. Los días anteriores fueron un completo desastre y eso me recomponía un poco.

Pasamos el resto de la noche celebrando mi llegada con una gran cena. Laura había hecho un montón de carne, acompañada con arroz, fritos y unas cuantas cervezas. Aquellas personas consiguieron en pocos minutos que me sintiese parte de ellos, tratándome como a una más. Parecía que la imagen que tenía de esa familia no era correcta, que las cosas podían salir bien. Mi corazón se alivió un poco y respiré tranquila, al fin podía sentir que formaba parte de algo.



Capítulo 2

Cada vez que mi vida parecía recomponerse un poco y me sentía mejor, no tardaba en volver a caer. Me había pasado un par de veces con Javier, cuando me pedía que olvidase lo que pasaba entre nosotros y no tardó en pasarme de nuevo en casa de Laura. La noche anterior fue demasiado bonita como para que fuese verdad.

El sol aún no había aparecido pro la ventana y escuché cómo alguien entraba en mi habitación. A pesar de que ellos eran bastantes en la casa, acomodaron todo para que yo pudiese estar cómoda y sola en una de las estancias. No era la habitación más lujosa, pero al menos sí más grande que la que tenía en casa de Javier.

Intenté hacer caso omiso del ruido imaginaba que alguno de ellos o que Laura necesitaba a coger algo de los muebles o de algún cajón, pero no era así. Había estado muy equivocada al pensar que aquello iba a ofrecerme la paz que necesitaba.

—Rosario, vamos, despierta — escuché la voz de Laura —, es hora de prepararle el desayuno a estos hombres.

Al principio creí que había entendido mal, pero pronto me dejó claro que no me iba a permitir dormir más. Mis primos debían acudir al trabajo, o al menos eso decían, así que había que atenderlos y me estaba pidiendo ayuda. En esos momentos no quise decir nada, me ofrecieron casa y techo, quería ayudar en lo que hiciese falta.

Salí adormilada hacia la cocina y me dispuse a preparar lo que Laura me decía. Puse la mejor actitud del mundo, no quería que pensasen mal de mí. En el fondo ayudarlos era o menos que podía hacer, mucho menos después del recibimiento que había tenido en su casa la noche anterior.

Laura me dirigía mientras estaba sentada en el sofá tomándose una taza de café. Me puse manso a la obra y conseguí servir todos a tiempo. No era demasiado aficionada a la cocina y por más que intenté aprender de Marta, no pude, pero me defendí bastante bien. Aquellos huevos revueltos no tenían mala pinta y pude comprobarlo al ver que no dejaban nada en los platos.

Les preparé una especie de lonchera para que todos se llevasen y los despedí cordialmente cuando se fueron a trabajar. Laura me miraba sonriente desde el sillón, como si estuviese orgullosa de mí.

—Bueno, creo que ya está todo — me senté cerca de ella a tomar una taza de café caliente.

—Ahora ponte a hacer el aseo y si tienes alguna duda, me preguntas.

Me quedé congelada ante aquella frase. Laura daba por hecho que el aseo me tocaba y me sorprendió bastante. No es que pensase que iba a estar allá sin hacer nada, pero me cogió un poco desprevenida. Puse la mejor de mis sonrisas y asentí con la cabeza, dándole a entender que estaba dispuesta.

Sin demorarme mucho con el desayuno, volví a la cocina y puse todo en orden. Laura parecía ser un poco desastre en cuanto a la organización, pero no me importó recolocar todo en su sitio. No habían dudado ni un solo segundo en abrirme las puertas de su casa, así que debía darles a entender que estaba agradecida.

Mientras Laura se pasó la mañana y parte de la tarde viendo telenovelas, limpié y asecé casi toda la casa. Entendí que ese día, al tenerme allá, se tomara un poco de descanso, pero no pensé que para ella fuese a ser una regla general. Confiaba en ser una ayuda, no la responsable de todo, así que intenté relajarme con todo lo que estaba pasando.

Desde su sillón me ordenaba continuamente qué tenía que limpiar y cómo. La sonrisa jamás desapareció de mi boca y tuve todo el tiempo una actitud colaboradora. Ella parecía estar feliz y

relajada y me alegré por devolverle el favor de alguna forma. No éramos nada cercanas y quizás así podía ganarme su confianza y salvar el abismo que nos separaba.

—Rosario — Laura me llamó desde la sala —, ¿puedes venir?

—Sí, claro — dejé el trapero en el pasillo para terminar de limpiar el suelo y me acerqué a ella.

—Ya es casi hora de preparar la cena, no te demores mucho, estos hombres pueden llegar en cualquier momento.

— ¿Preparar la cena? No sé casi ni cocinar...

—Tranquila, yo te ayudaré.

Me puse rápidamente a terminar de organizar todo para ir con Laura a la cocina. Mi mamá en mi casa y Marta en la de Javier jamás me enseñaron, así que era hora de aprender. Tenía que defenderme porque aquello era una parte importante de la vida, no podía dejar pasar la oportunidad.

En cuanto limpié todo me acerqué a Laura, dispuesta a empezar con la tarea. Ésta me miró un poco extrañada, parecía que no entendía bien qué hacía allá, delante de ella.

— ¿Necesitas algo? — preguntó sonriente.

—Ya he terminado, podemos preparar la cena.

— ¿Podemos? — parecía que había dicho una locura — No, me siento demasiado cansada, ve tú y si tienes alguna duda, yo te guío.

—No sé ni por dónde empezar...

—Saca la carne del congelador y la preparas con verduras, si termina la telenovela me levanto a ayudarte — se giró y siguió viendo la televisión.

De nuevo me quedé congelada. Había interpretado que ella iba a cocinar y yo iba a aprender, pero no era así. Después de levantarme a altas horas de la madrugada, de encargarme del desayuno y la lonchera de mis 4 primos, de limpiar y asear durante todo el día la casa, también me tocaba hacer la cena.

Empezaba a convertirme en una especie de sirvienta, como siempre había pensado. Las cosas que tenía en mi cabeza con respecto a aquella casa y aquella familia no eran erróneas como pensé el día anterior. Laura tenía el descaro de ponerme a hacer todo, eso sí, con una sonrisa en la boca. Se pasó todo el día tumbada viendo televisión, apenas levantándose para comer algo o ir al baño.

No opuse resistencia ninguna y me dediqué a hacer todo lo mejor que pude. Intentaba sacarle el lado positivo a lo que estaba viviendo y me dediqué a pensar que a lo mejor eso no era siempre así. Quizás había cogido a Laura un poco desganada y se aprovechó un poco de mí, pero me gustó pensar que no se repetiría a menudo, al menos para engañarme a mí misma durante un rato.

Mis 4 primos no tardaron en llegar a la casa todos a la vez. Parecía que habían estado haciendo algún tipo de trabajo todos juntos, aunque el olor que traían a cerveza indicaba que también les dio tiempo a estar pasándose bien. Traían una sonrisa de oreja a oreja y me saludaron cordialmente, al igual que yo a ellos.

Empecé a servirles en la mesa, intentando que todo fuese perfecto, pero me dejaron claro, rápidamente, que aquello no era de su agrado.

— ¿Esta es la cena? — preguntó con cara de asco Armando.

Carlos y Juan empezaron a reír a carcajadas, haciéndome sentir incómoda.

—Relájate, hijo — Laura se acercó a la mesa —, Rosario apenas está aprendiendo.

— ¿Acaso es que una mujer tiene que aprender si su lugar es la cocina?

—En eso tienes razón — dijo Roberto —, pero hay que domarlas poco a poco.

Aquellas frases parecían normalizadas allá, incluso para Laura, que se reía a la par de ellos. Me

sentía completamente ridiculizada.

—Lo siento, no he cocinado mucho — dije para disculparme.

—Tranquila — me dijo Juan —, poco a poco aprenderás a ser una mujer de verdad.

– Nosotros te enseñaremos — me miró sonriendo Laura.

Comenzaron a comer, aunque dejaron bastante carne en el plato. Sentarse a su lado a conversar era realmente incómodo, jamás había escuchado comentarios tan machistas en mi vida, ni siquiera por parte de Gerardo.

Hablaban de la mujer como si su única función en la vida fuese reproducirse y servir, aparte de aguantar infidelidades. No paraban de mofarse de las veces que habían estado con varias a la vez y de lo bien que se vivía tumbado en la cama mientras se le ponía todo por delante. Aquellos hombres no habían evolucionado nada, aunque viendo la respuesta de Laura, no tenía por qué extrañarme que pensasen así.

Deseé con todas mis fuerzas que la conversación y la cena terminasen y suspiré cuando así fue. Sabía que me tocaba también limpiar los platos y la cocina, mientras ellos se organizaban para dormir. Laura había asumido que ahora la casa era problema mío y lo peor era que yo también. Me dirigí hacia la cocina sin preguntar nada y dejé todo en perfecto estado.

Aquella noche no pude acostarme más desolada. La alegría que sentí el día anterior con el recibimiento no duró mucho, podía tener claro cuál iba a ser mi futuro en esa casa. Si alguna vez pensé que mis problemas estaban resueltos y que por fin podía reconducir mi vida, estaba muy equivocada. Fui a parar al peor lugar de todos y lo hice por mi propio pie.



Capítulo 3

Al contrario de lo que había pensado, por la noche me quedé profundamente dormida. Todo el aseo que me tocó hace el día anterior, más las comidas, me dejó fuera de juego. A pesar de que sentía que todo estaba saliendo mal, fue la primera, en muchas noches, que logré dormir más de dos horas seguidas.

No recuerdo si tuve pesadillas o no, lo que sí fue volver a escuchar a Laura entrar en mi habitación a la misma hora del día anterior. Aquello podía parecerme un mal sueño, pero sabía que era la realidad.

Miré el reloj y descubrí que era incluso más temprano que el día anterior. Me costaba espabilar, pero ella no dejaba de insistir. Quería que le volviese a preparar el desayuno a todos y la lonchera, tal y como hice el día anterior. Empezaba a molestarme bastante que me tratase así, pero estaba bajo su techo y no podía ponerme a discutir. Sabía que tenía que buscar una salida cuanto antes o aquella era la vida que tendría, sin descanso.

No recuerdo cómo hice aquella mañana, pero si ninguno puso quejas es que todo me había salido bien. Intenté hacerlo todo rápidamente para poder seguir descansando un rato, lo necesitaba. Llevaba un montón de días con la cabeza punto de estallar por darle vueltas a todo lo que me pasaba y me pasaba las noches en velas. La vida me estaba viviendo grande y no sabía cómo coger el control.

Sentí un alivio enorme cuando se fueron por la puerta y me senté de nuevo cerca de Laura a tomar mi taza de café. Llevaba dos días acomodada en aquel sillón y sólo se dedicaba a ver la televisión mientras me daba órdenes. Me había convertido en su sirvienta sin mucho esfuerzo, pero no estaba dispuesta a consentirlo. Iba a ayudar en la casa y a buscar trabajo, no a dedicarme en cuerpo y alma a sus 4 hijos.

—Qué alegría tenerte aquí, Rosario — Laura me miró y comenzó a beber café de su taza.

—Bueno, ya sabes que es por un tiempo limitado — aproveché la oportunidad para dejarlo claro.

—Puedes quedarte todo el tiempo que quieras, esta es tu casa.

Intenté sonreír lo mejor que pude.

—Yo estoy vieja — siguió diciendo —, me alegra tener a alguien que se encargue de mis 4 hijos, ya sabes que ellos no pueden hacer nada por sí solos, me gusta saber que te vas a quedar a cargo.

Si alguna vez en mi vida me quedé a cuadros con alguien, fue con Laura en ese mismo instante. No sabía bien cómo empezar a analizar lo que me había dicho. Yo no había ido para quedarme y mucho menos para que mi vida fuese encargarme de aquellos 4 hombres que me sacaban medio metro. Mis aspiraciones eran otras, no ser la sirvienta hasta el final de mis días.

—Eh... Laura...

—Tía, llámame tía — me interrumpió.

—No sé bien qué decir — aún estaba alucinando.

—Tranquila, ya verás cómo poco a poco te acostumbras a esto — sonrió.

—De todas formas, tendré que buscar un empleo.

—¿Un empleo? Acá tienes mucho por hacer, no te va a dar tiempo

—¿Entonces? ¿De dónde voy a sacar la plata?

—Eso les corresponde a ellos, mantener plata en la casa, a nosotras asearla y tenerlo todo a punto.

—Pero... — intenté dar mi punto de vista.

—Pero nada — interrumpió de nuevo —, así han sido las cosas siempre, ya verás que lo haces bien.

Los pocos ánimos que tenían desaparecieron. Tenía que buscar una salida cuanto antes. Laura no podía empezar a contar con que iba a vivir allá para siempre, encargándome de sus cosas. No iba a soportar una vida de sirvienta mientras ella me dirigía desde el sillón y mis primos intentaban domarme como mujer; yo no había nacido para eso.

Dejé a un lado la conversación y me puse a hacer de nuevo el aseo. Intentaba evadirme y penar mientras organizaba la cocina y las habitaciones. Aquellos hombres no eran capaces ni de recoger la ropa del suelo, daba bastante asco. Tenían calzoncillos usados por todos sitios, las camas desechas y un olor concentrado imposible de soportar. No entendía cómo Laura se habituó a ella, pero no iba a pasar lo mismo conmigo.

A la hora del almuerzo, todos aparecieron. Los trabajos que realizaban apenas eran puntuales, así que pasaban más tiempo en casa que fuera, por lo que podía oír. No me importó si me si la comida sabía bien o mal, me daba exactamente igual. Quizás si empezaban a pensar que no servía para nada, no tenía que soportarlos continuamente. No iba a durar mucho tiempo allá, lo tenía claro.

—Quiero hacer un brindis — Juan se levantó en mitad de la comida, con una cerveza en la mano —, por Rosario.

Puso su cerveza mirando hacia mí y me sonrió.

—Es una buena noticia tenerte, nuestra madre ya está mayor y, aunque te falta mucho que pulir, sabemos que ahora podemos contar contigo.

—Así es — siguió diciendo Armando —, sabemos que dentro de un tiempo harás todo mejor.

— ¡Salud! — gritó Carlos alzando su cerveza.

— ¡Salud! — dijeron todos a la vez.

Comenzaron a chocar sus cervezas entre ellos, buscando la mía. Sabía que estaba sonriendo, pero por dentro solo me apetecía ponerme a gritar y a llorar.

En esos momentos, sin apenas plata y otro sitio dónde ir, me sentí atrapada. Ellos me habían dado una calurosa bienvenida y me ofrecían seguir viviendo allá, pero tenía que pagar un alto precio. No iba a tener días de descanso, mi vida consistiría en atender una casa de 5 personas y estar al pie del cañón siempre. Para ellos, lo mejor de todo era que yo fuese mujer, pues no concebían más que trabajase en la casa y les tuviese todo por delante.

Mi papá, a pesar de criarse en un ambiente parecido, siempre me dejó claro que ese no tenía que ser mi destino. Debía buscar a un hombre al que darle buena vida y recibir lo mismo. La época en la que servíamos para tener hijos y el almuerzo listo terminó, no tenía por qué vivirla. Él me había transmitido junto a mi mamá muchos valores, no pensaba dejar mi destino en manos de otros.



Capítulo 4

Pasaron bastantes días en los que asumí mi rol de sirvienta sin mucha resistencia. Me despertaba a altas horas de la mañana a preparar las cosas, aunque mis primos llevaban días sin ir a trabajar. Aprovechaba para asear la cocina y algunas estancias de la casa, intentado que el tiempo pasase pronto.

No iba a conseguir muchas salidas si ni siquiera veía la luz del sol. Me pasaba 24 horas encerrada en aquella casa, casi sin tiempo para nada y cuando lo tenía, solo me apetecía descansar. Lavar la ropa de 4 hombres más la mía y la de Laura, cocinar para todos mañana, tarde y noche y tener las cosas en orden era más pesado de lo que esperaba.

Mi tía jamás se levantó del sillón a ayudarme, aunque viese que no me daba tiempo a terminar. Se limitaba a estar allá sentada, dando órdenes e intentándome sacar conversación de vez en cuando. No quería ser distante con ella, pero no me apetecía ser la reina de la simpatía y actuar como si no pasase nada. Mi presencia les había venido bien, pero a mí no me convenía nada estar allá. Si seguía sirviéndoles a ellos, no podía dedicarme a buscar mi propio futuro.

Aquella tarde de miércoles fue la primera en muchos días que me quedé completamente sola. Laura y sus hijos tenían que ir al velatorio de un amigo de la familia, al que habían asesinado por temas de droga. No era difícil adivinar el ambiente con el que se relacionaban y no era difícil encontrarse con casos así por allá. En los barrios humildes la muerte estaba a la orden del día, era como algo rutinario ver irse a jóvenes a cada rato.

—Rosario — dijo Laura antes de marcharse —, estaremos acá a la hora de la cena, prepara algo sencillo.

—Sí, no te preocupes, nos conformamos con cualquier cosa — dijo Juan.

Asentí con la cabeza, como llevaba haciendo días y sentí un alivio enorme cuando los vi saliendo por la puerta. El no estar rodeada por ninguno de ellos seguramente conseguía que me relajase un poco.

Había aseado todo e incluso dejé parte del tiempo del almuerzo para adelantar la cena y no tener que hacer nada. Necesitaba de alguna manera algo de tiempo libre, algo para armar un plan, pero las ideas no venían a mi cabeza. Había entrado a vivir en una especie de laberinto del que me era imposible escapar.

Me tiré en la cama de la habitación donde dormía y me quedé mirando al techo. Tenía que hacer algo con mi vida, empezar un nuevo camino. Desde que abría los ojos hasta que los cerraba por la noche, Daniel y Javier inundaban mis pensamientos. Me hacía demasiada falta las salidas que hacíamos juntos y los almuerzos de Marta, en los que nos podíamos pasar ratos y ratos hablando de mil tonterías.

Sin pensarlo ni un segundo, me levanté y empecé a arreglarme con la ropa más bonita que tenía. Sabía cuál era la rutina normal de aquellos dos hombrecitos y necesitaba tomar el aire, así que decidí darme un paseo por las cafeterías que frecuentábamos. Por suerte, unas estaban cercas de las otras y conocía bien el carro de Javier.

No pensaba ni de broma que pudiesen verme, con solo observarlos de lejos me bastaba. Tenía que respirar aire, salir de aquel ambiente y debía aprovechar aquel rato libre. Podía tener la mala suerte de no encontrarlos por allá, pero si lo hacía, con solo verlos entrar y salir del local, me bastaba. No olvidé a Rebeca, quizás ella se había convertido en su compañía de tardes habitual después que me fuese, pero me daba igual. Aquella mujer no podía empañar la felicidad de verlos, porque ninguno de ellos sabría que yo estaba por allá.

Me animé bastante al arreglarme y sentirme guapa. Llevaba días sin soltar mi pelo sin arreglarme y sin ponerme nada de maquillaje. A colocarme aquel vestido largo y uso zapatos negros que prácticamente no había estrenado, me sentí otra Rosario. Sabía que no eran prendas ni caras ni delicadas, pero me servían mucho para subir mi autoestima. Aquella tarde de descanso iba a venirme bien para oxigenar mi cuerpo y mi mente.

Me monté en un taxi, para no perder mucho tiempo y me dirigí hacia los sitios de salida de Javier y Daniel. Sabía que el corazón se me iba a salir el pecho con solo verlos de lejos, que la sonrisa que se dibujaría en mi rostro sería completamente verdadera. Después de la forma en la que me fui, no podría acercarme a hablar con ellos, me moriría de la vergüenza, pero no me importaba. Jamás desaparecieron de mi mente y sabía que, en el fondo, entenderían mis razones y llegarán a perdonarme.

Aquel taxi fue demasiado deprisa o a mí se me hizo el camino muy corto. En menos del tiempo que había esperado, llegué a aquel pequeño barrio de cafeterías y locales. Sentí un poco de miedo al bajar el taxi por si acaso me descubrían, pero pronto encontré la manera de medio esconderme. Había ido por allá demasiadas veces como para saber las calles que debía pisar y las que eran más peligrosas.

En cuanto vi el carro de Javier aparcado frente a la cafetería Nueva Luna, mi corazón pedía a gritos salir de mi pecho. Sabía que aquellos dos hombrecitos se encontraban allá dentro, seguramente esperando a Óscar. Ese lugar era donde nos veíamos siempre y tomábamos aquellas deliciosas granizadas, así que era cuestión de tiempo que saliesen y poder verlos.

Me quedé apoyada en un muro que quedaba cerca, desde el cuál podía verlos a ellos sin problema, pero el escondite no me sirvió durante mucho tiempo. Alguien se acercó a mí sin darme cuenta, provocándome un susto demasiado fuerte.

—Tranquila, tranquila, no grites, soy yo, Óscar.

Aquel hombre se encontraba frente a mí, tratando de tranquilizarme. Tardé un par de minutos en reaccionar, creí que me iba a dar algo. No esperaba encontrarme con nadie y, mucho menos, con él.

—¿Mejor? — preguntó mientras me seguía sosteniendo los hombros.

—Sí... Mejor... — respiré profundamente.

—¿Qué haces por acá?

—¿Cómo me has visto? — respondí con otra pregunta.

—No sé, te he visto de lejos y...

Me apoyé de nuevo en el muro, soltándome de él. Mi plan había sido todo un fracaso.

—¿Has venido con Javier?

—No... Yo solo... Me iba... — intenté caminar.

—Has venido a verlos, ¿no? — Óscar no era tonto.

Agaché la cabeza, sin responder. Era obvio que yo no frecuentaba esos sitios si no era por ellos.

—Tengo que irme a casa, no les digas que me has visto, ¿vale?

—Javier me contó todo, que desapareciste de un día a otro... ¿Por qué hiciste eso, Rosario?

—Tengo que irme...

Empecé a caminar a alejarme de él. Era inútil que le pidiese que guardara el secreto a Javier, así que debía desaparecer antes de que todos se diesen cuenta. No podía arriesgarme a quedarme más tiempo por allá.

—Espera — Óscar volvió a acercarse a mí —, hablemos.

—No quiero que nadie me vea por aquí y te vuelvo a pedir que no les digas nada.

—Tranquila, ya los he visto y ya me marchaba para la casa. ¿Quieres que te acerque?

—No... Yo cojo un taxi.

—Vamos, insisto...

Me vi un poco atrapada en aquel lugar con Óscar. Decidí aceptar que me acercase a casa de Laura para poder pedirle en repetidas ocasiones que guardase el secreto. Me daba demasiada vergüenza admitir delante en él que había ido a mirar de lejos a Javier y a Daniel, no quería, por nada del mundo, que se enterasen. Rebeca podía reírse de mí durante horas.

Nos montamos en el carro de Óscar e intenté taparme un poco la cara para que no me viese nadie más por casualidad. Me odiaba a mí misma por haber sido tan descuidada para ser descubierta en menos de 10 minutos y por haber ido allá. Nada de lo que planeaba me salía bien, era un auténtico desastre.

—Oye, Óscar...

— ¡Espera! — Óscar levantó la mano y me silenció.

Empezó a marcar un número en su celular y puso la opción manos libres.

— ¿Aló?

—Hola, Javier. ¿Quién más?

El corazón se me quedó congelado. Óscar Había llamado a Javier, podía decirle perfectamente que estaba conmigo.

—Oye, me ha surgido un imprevisto — siguió diciendo Óscar —, me es imposible ir a tomar nada esta tarde.

— ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo, es solo trabajo — me miró y sonrió —, nos vemos en otra ocasión, ¿vale?

—Está bien..., te llamaré.

Óscar colgó la llamada y no pude contenerme.

—Me has mentado, habías dicho que ya habías estado con ellos.

—Lo sé, pero después de saber cómo te habías ido de la casa, no quería dejarte sola sin saber cómo estabas.

—Ya has visto que estoy bien, puedes volver a la cafetería para encontrarte con ellos, no está bien dejarlos allá tirados.

—Me preocupas más tú, en serio.

Paró el carro en una zona residencial y se giró a mirarme a la cara. No tenía valor para sostenerle la mirada, así que me quedé mirada al frente.

—Si he querido llévate a casa es porque puedo ver que no estás bien, si no, no estarías espiándolos de lejos, los echas en falta.

—Claro que los echo en falta, han sido muy importantes para mí.

—Entonces, ¿por qué te fuiste así, sin más?

—Han pasado muchas cosas, no quería estar más tiempo soportándolo.

— ¿Qué cosas?

Respiré profundamente para contarle, pero me terminé arrepintiéndome. No sabía si era correcto contarle las cosas de Rebeca y Gerardo, quizás no tardaba en decírselo a Javier.

—La verdad es que no quiero hablarlo, Óscar...

—Puedes confiar en mí.

—Lo siento...

Óscar no dijo nada más. Sacó un papel y apuntó algo en él para entregármelo. Al cogerlo, pude ver que era su número de teléfono.

—Cuando necesites ayuda, solo tienes que llamarme, ¿vale?

— ¿Por qué haces esto? No tienes por qué ayudarme...

—Javier te tiene mucho aprecio y Daniel lo está pasando mal, me gustaría hacerlo por ellos.

Sonrió y le devolví la sonrisa. Óscar parecía sincero y hacía mucho tiempo que nadie me ayudaba de aquella forma. Parecía que por fin tenía a alguien en quien confiar de verdad.

—Por cierto, me he quedado sin empleada, si necesitas un empleo, sabes dónde puedes encontrarme.

— ¿Me estás ofreciendo trabajo?

—Solo si tú quieres, no tienes compromiso conmigo.

—Está bien, lo pensaré — dije mientras arrancaba el carro de nuevo.

Le dije dónde vivía mi tía Laura y no dudó en acercarme a la casa. Por nada del mundo quería volver a aquella vida, pero no tenía más remedio por el momento. Sabía que un día cualquiera iba a salir de allá, sin embargo, no tenía claro cuándo iba a ser.

Salí del carro y me despedí cordialmente de Óscar, después de que me repitiese una y otra vez que lo llamase cuando necesitara algo. Sentí un alivio enorme al saber que por fin tenía un camino para escapar, aunque no quería abusar de su confianza. En el momento en que acudiese a Óscar, Javier se iba a enterar, así que prefería mantenerlo al margen de mi vida por el momento. No podía negar que el sentir su apoyo me gustaba, pero no sabía si era la salida indicada.



Capítulo 5

Llegué un buen rato antes que mi tía Laura y mis primos. Aquella ventaja de tiempo fue suficiente para hacer la cena y dejar todo listo. No entendía bien por qué, pero sentía miedo de que me recriminaran algo si las cosas no estaban hechas, así que no dudé en ponerme. Sin querer yo misma me estaba dando la responsabilidad de atenderlos a todos.

Acababa de esconderse el sol cuando todos aparecieron a la vez. Venían bromeando, como siempre. En aquella casa lo que, si no faltaba, era el humor. No compartía nada de los chistes que contaban o de las cosas que les causaban risa, pero no tenía más remedio que escucharlos. Mis primos parecían no haber evolucionado, más bien se quedaron en la prehistoria.

En cuanto nos saludamos empecé a servir todo. Estaba un poco nerviosa porque jamás había cocinado ningún tipo de caldo, pero esperaba que les gustase. Me senté a acompañarlos y a intentar pasar un rato agradable para intentar olvidar lo de la tarde anterior. No podía parar de darles vueltas a si Óscar se decidió o no a contarle a Javier que me había visto por allá cerca de ellos.

Juan y Armando empezaron a tomar el caldo con carne bastante bien, aunque los demás no estaban demasiado convencidos. Yo intentaba poner buena cara a Laura, pues su aprobación era la que más me importaba. No me ayudaba en nada y se pasaba el día dándome órdenes, sabía que mi estancia en la casa dependía de su aprobación.

— ¿Está bien? — pregunté mientras la veía comer.

— Sí, querida, no te preocupes, poco a poco irás mejorando — sonrió.

— Esperemos... — dijo Carlos en voz baja.

Se hizo un silencio incómodo en la mesa, todos nos habíamos enterado. Dejé claro que no era experta en cocinar e intentaba sentirme mejor, pero el ambiente no ayudaba. Aquella no era la vida que quería tener y mucho menos ser juzgada todo el tiempo por ellos, que para mí eran unos absolutos desconocidos.

— Por cierto, Rosario — Laura me miró —, ¿has salido a algún sitio?

— Es cierto, prima, te has arreglado mucho, ¿no? — dijo Juan entre risas.

— Solo salí a dar un paseo, nada más...

Intenté restarle importancia. Con el afán de dejar todo preparado, ni me desmaquillé ni me quité la ropa. Me sentía demasiado cómoda así como para ir corriendo a quitármela, además, no tenía nada de malo

— ¿Acaso hay algún hombre en tu vida? — preguntó Armando.

— No, nada que ver, solo quería salir a respirar un poco.

— Eso está bien — sonrió Laura —, mientras no descuides los quehaceres de la casa, claro está.

— Así es — Carlos le dio la razón —, mientras nos sigas atendiendo, podrás hacer lo que quieras.

Me quedé callada, intentando mantener la compostura, pero lo que dijeron no me gustó nada. Tenía que ser la sirvienta y después de eso, sí que merecía tener una vida. Mis papás no se habían esforzado durante toda la vida para que ese fuese mi final y yo me negaba en absoluto. Tenía claro que en el momento que tuviese la oportunidad o que no aguantase más, iba a irme sin problema alguno. Lo cierto es que no contemplaba que sucediese tan rápido.

De un momento a otro y en mitad de la cena, empecé a tener un dolor intenso de cabeza. Hacía años que no experimentaba algo así, debía ser producto de todo lo que tenía encima.

Desde antes de marcharme de la casa de Javier, Rebeca me hizo la vida imposible. Todo eso,

sumando a los acosos de Gerardo y a lo que estaba viviendo en aquel momento, era difícil de soportar. Creí que al irme de la casa podía controlar mi vida, pero acabé en un sitio peor, en el que apenas me dejaban descansar.

Dejé a cuchara a un lado e inevitablemente me llevé las manos a la cabeza. Sentía dolor hasta en los ojos, era una sensación horrible.

Ellos seguían comiendo como si nada, en esos momentos me sentí invisible. Hablaban de sus cosas y reían, como hacían siempre, hasta que Laura me miró.

— ¿Te pasa algo? — preguntó.

—Es la cabeza, siento que me va a explotar.

— ¿Quieres tomar algo?

—No, creo que con descansar me vendría bien — llevaba días sin dormir demasiado.

—Está bien, deberías acostarte, en cuanto recojas todo.

Cada vez que Laura abría la boca me quedaba estupefacta. Aquel dolor de cabeza hacía que incluso sintiese algo de mareo e insinuó que podía descansar después de recoger la cena. Éramos 6 personas allá sentadas y no tenían valor de ofrecerse a nada.

Mis primos se pararon a mirarme, pero sabía que no podía contar con ellos. Por lo visto Laura no les permitía recoger nada ni lavar. Jamás hacían sus camas ni se preocupaban por lavar su ropa, eso era trabajo de mujeres. Por más enferma que estuviese, tenía que sacar fuerzas para seguir dejando todo listo.

—Creo que voy a tener que recostarme ya... — me atreví a decir.

—Tranquila, nosotros hemos terminado — Juan y Carlos se levantaron —, puedes ponerte ya a recoger, así podrás acostarte pronto.

Aquella frase sonó a que me estaban haciendo algún tipo de favor.

—No sé si podré con todo esto sola — miré a Laura.

—Eres joven, puedes con esto y con más — me dio una palmada en la espalda.

Me quedé allí sentada mientras todos se levantaban casi a la vez y desaparecían de la sala. Laura se tiró en el sofá y encendió la televisión, mis primos salieron a tomar algo a la tienda de la esquina.

Miré la mesa, llena de platos y vasos sucios y me deprimí por completo. Me costaba hasta caminar, sentía que podía explotarme todo en cualquier momento, pero no tuve más remedio que ponerme a recoger todo.

Cada plato que llevaba a la cocina y cada vaso que lavaba era una verdadera tortura. Laura se dedicaba a aconsejarme que hiciese todo tranquila, que me podía poner peor y que me tomase algo a la hora de dormir. Si alguna vez en mi vida me sentí enjaulada, fue en aquella casa de los horrores. Me convertí en la sirvienta, sin importar nada.

En cuanto terminé, me dirigí a mi habitación y no pude evitar romper a llorar. A ninguno de ellos le importaba de verdad y el caluroso recibimiento que tuve fue por su propio interés. Al verme allí creyeron que podían manejarme a su antojo y lo habían conseguido. Era la encargada de servirles y de tenerle todo listo mientras no hacían absolutamente nada.

Empecé a desesperarme de nuevo y la cabeza, mientras lloraba, no cesaba de dolerme. No merecía acabar allí, por más techo que me hubiesen dado. Había perdido la poca libertad que tenía y la que tanto anhelaba estaba completamente atrapada.

Cogí mi celular y marqué el número que Óscar me dio aquella misma tarde. No me agradaba tenerle que pedir favores a nadie, pero las cosas me salieron demasiado mal. Tenía que escapar de aquella cárcel lo más rápido posible, antes de hundirme más.

— ¿Aló? — respondió al otro lado del teléfono.

— ¿Sigue en pie la oferta? — pregunté, decidida.
— Cuenta con ello.



Capítulo 6

La habitación en la que desperté aquella mañana era diferente a lo que solía acostumbrar. El espacio era amplio, la cama doble y contaba hasta con un baño propio. No estaba acostumbrada a aquel tipo de lujos, jamás los experimenté, pero comprendía que no era difícil habituarse. Parecía que por fin me encontraba en un lugar que merecía la pena, en el que podía reconducir mi vida.

La noche anterior, horas después de la llamada, Óscar llegó a recogerme cerca de donde vivíamos. Tenía que esperar que todo en la casa estuviese calmada para salir de allá sin que se diesen cuenta, al igual que hice el día que me fui de casa de Javier. Todos aquellos recuerdos vinieron a mí incontrolablemente, volvía a huir sin mirar atrás.

No le especificué a Óscar el por qué, simplemente quedamos en esperarnos, no tenía ganas de ponerme a contar mi drama. La maleta que había llevado conmigo estaba casi hecha, pues no me dio tiempo a utilizar casi nada. Mi día a día me lo pasaba haciendo aseo y cocinando, así que estaba lista para marcharme.

Mis primos no tardaron en dormirse y salí de la habitación en completo silencio. El único obstáculo que debía pasar era el de Laura. Aquella mujer se quedaba hasta altas horas de la mañana viendo televisión, no entendía cómo no se cansaba de hacer aquello. Podía estar viendo a la vez unas 20 o 30 novelas y era capaz de saberse a la perfección la historia de cada una.

Escuché que le televisor seguía prendido, así que decidí ir a hacer una prueba. Dejé la maleta en mi habitación y fui disimuladamente a beber agua. Estaba completamente inmóvil y no se percató de mi presencia. Seguramente se quedaba casi toda la noche mal durmiendo en aquel sillón, sin ni darse cuenta. Las personas mayores solían cerrar los ojos y dormirse con demasiada facilidad, así que aproveché la oportunidad.

Volví a coger mi maleta y salí sin prisas, pero sin pausas. Cuando cerré la puerta principal tras de mí, sentí un alivio difícil de describir. Sabía que iban a enfadarse, ni dejé una nota explicándome o diciéndome adiós, pero me daba exactamente igual. Mi vida no les pertenecía, no podía pasarme la vida atendiéndolos.

Caminé calle abajo lo más rápido posible y me alegré bastante al ver que Óscar ya estaba esperándome allá, en su carro. No dudé ni un solo minuto en montarme con él y marcharme lejos de allá. Siempre me guiñaba ojos o me hacía sonrisas estúpidas cuando quedábamos con él, pero lo conocía para saber que no me iba a violar. Óscar podía ser algo baboso, no podía negarlo, pero no llegaba al grado de Gerardo.

En cuanto llegamos a la casa, me ofreció la habitación de invitados y caí profundamente dormida. Me sentía libre de todo lo que me pasó aquellos días, con una oportunidad por delante. Las cosas tenían que cambiar alguna vez a mi favor y rezaba con todo mi corazón porque ese día hubiese llegado ya.

Desperté renovada, como si me sintiese otra persona. La decisión de irme de casa de Laura fue una de las mejores que tomé en mi vida.

— ¿Sí? — escuché que alguien llamó a mi puerta, sacándome de mis pensamientos.

— Soy Óscar, ¿puedo pasar?

— Sí, claro, es tu casa.

Me acomodé en la cama y vi cómo llegaba con dos tazas de café para desayunar. Aquellas atenciones no me venían nada mal para sentirme un poco mejor, aunque sabía que no había ido para aquello. Óscar necesitaba una empleada y yo acepté su propuesta, tenía que demostrarle que no se iba a arrepentir de su decisión.

— No creo que tarde en ponerme a trabajar — dije apenada —, solo que han sido muchas cosas para mí en estos días y no he podido evitar quedarme aquí pensando un rato.

— Tranquila, el día de hoy te lo puedes tomar libre, mañana ya, cuando empieces, te digo qué hay que hacer, no soy nada complicado — sonrió y me ofreció aquella taza de café.

Me sentí un poco abrumada por todo lo que hacía por mí, sin tener por qué.

— ¿De qué huías anoche? — preguntó.

— De nada....

— Me llamaste bastante tarde y viniste estresada, no ha debido irte muy bien.

— Estaba en casa de una tía, pero creo que las cosas no iban a funcionar.

No quería ponerme a explicarle todo con detalle, sobre todo porque necesitaba empezar a olvidar de una vez lo que viví en esa casa.

— Me alegra que hayas aceptado mi oferta, en serio — me sonrió.

— ¿Por qué has decidido ayudarme? Solo soy una simple empleada... — necesitaba hacerle esa pregunta, había ido a buscarme él mismo en su propio carro.

— No puedo negar que siempre me has gustado, Rosario — dijo sin problemas —, pero lo cierto es que Javier me contó todo lo que pasó y he visto afectado a Daniel desde que te fuiste, ya sabes que son importantes para mí.

— ¿Todo lo que pasó? ¿Te refieres a que me fui?

— No solo a eso, sino a todo lo demás.

No entendía cómo Javier le había contado acerca de nuestro beso y de la vez que nos acostamos juntos. Él era reservado con su vida privada, me lo había demostrado siempre, o al menos consiguió engañarme bastante bien.

— Sé que no está bien lo que pasó, que soy la empleada de la casa y él es el señor, fue un tremendo error.

— Conozco a Javier y sé que esas tonterías le importan más bien poco — me miró a los ojos —, así que es por eso por lo que te ayudo, sé que eres importante para ellos, no paran de nombrarte.

Mi corazón no pudo evitar alegrarse. Mi marcha les afectó de alguna manera y hablaban bien de mí. No había cumplido ni un año con ellos y parecía que habíamos desarrollado mutuamente el mismo amor y cariño. Al parecer, no lo había hecho tan mal.

— ¿Le contarás que estoy aquí? ¿Trabajando para ti?

— Sé que no le gustará mucho que te haya contratado, pero finalmente van a acabar enterándose, así que no se lo ocultaré durante mucho tiempo.

— ¿Por qué crees que no le gustará?

— Porque aún guardan las esperanzas de que vuelvas en cualquier momento.

Óscar se levantó y salió de la habitación después de decir aquello, dejándome con una sensación

agridulce. Pensaba que Javier no quería volver a verme, después de irme de buenas a primeras, pero al parecer no tenía nada de rencor hacia mí. No quería pensar que lo que pasó entre ambos significó algo para él, porque me había pedido olvidarlo, pero al menos lo tenía presente.

Sabía que allá no iba a estar mal y la imagen que tenía Óscar empezó a cambiar sin remedio. Me ayudó sin tener por qué, simplemente porque era importante para gente que él quería, diciendo mucho de su persona. Lo había pintado en mis pensamientos como un simple baboso y un picaflor, sin embargo, empezaba a demostrar que tenía mejor fondo que muchas de las personas que me rodeaban continuamente.

Mi vida empezaba otra nueva etapa en la casa de Óscar, o al menos eso creía. No quería quedarme a la deriva otra vez, debía levantarme y coger las riendas.



Capítulo 7

Estaba preparada para mi primer día como empleada de Óscar. El sol apenas había empezado a aparecer y yo ya estaba lista. Tenía un uniforme blanco y azul a la mano y me sentía de otra manera completamente diferente. No era la mejor ni cocinando ni haciendo aseo, pero uno no nace sabiendo todo y esperaba que él me tuviese paciencia. Iba a ponerle todo el interés de este mundo, quería quedarme.

Óscar trabajaba por contratos y, según me había dicho, jamás paraba. Lo había escuchado hacer ruido pronto en la cocina y marcharse, así que estaba sola en la casa. Tenía que organizarme bien para tener el almuerzo listo, sabía que venía para la hora de comer.

Salí de mi habitación y me quedé observando todo por un buen rato. El día anterior, entre tanto estrés, apenas había reparado en la casa. Era un apartamento más bien pequeño, pero bastante iluminado. Contaba con un par de habitaciones, el salón central y la cocina. Óscar era una persona minimalista y se le notaba al máximo, apenas tenía un par de muebles y 3 o 4 cuadros colgados en la pared. Aquello daba sensación de limpieza, de orden y de amplitud, me gustaba bastante.

Me dirigí a ver bien la cocina, para ir haciéndome con todo. La había imaginado mucho más grande, pero lo cierto era que no. Aquella estancia era bastante pequeña, tanto que sería difícil estar cocinando con otra persona al lado. Allá solo había espacio para uno y poco más. Sin embargo, no hacía falta abrir demasiados cajones para darse cuenta de que estaba bien equipada y que contaba con todo lo necesario.

El apartamento no presentaba dificultades para el aseo y eso me aliviaba un poco. Empecé rápidamente a organizar las habitaciones, pero Óscar lo tenía todo tan perfectamente organizado, que poco había que hacer. Empecé a plantearme si de verdad necesitaba una empleada interna, pues iba a tener demasiado tiempo libre.

Después de pasar un buen rato barriendo, quitando el polvo y trapeando la mayor parte de la casa, me centré en la cocina y en lo que sería el almuerzo. Aún quedaban un par de horas para que Óscar llegase, así que tenía tiempo para planificar y empezar con buen pie.

Al abrir la nevera me di cuenta de que no hizo mercado, pero pude aprender de Marta a hacer cosas decentes con lo que había. Me puse manos a la obra y perdí la noción del tiempo el resto del día. Estaba tan concentrada y feliz horneando que ni me percaté de que Óscar me miraba desde la puerta de la cocina.

—Al menos esta vez no has gritado — dijo mientras reía al ver mi cara.

—Contigo no gano para sustos, eso está claro.

—Huele demasiado bien, ¿qué estás haciendo?

—Un poco de todo, con lo que había en la nevera no tenía demasiadas opciones.

—La verdad es que casi siempre como fuera... no suelo estar pendiente al mercado.

—Tranquilo, a partir de ahora yo también me encargaré de eso.

—Está bien, entonces te espero en la mesa.

Se marchó y me dejó terminando el almuerzo. Me di tanta prisa que en menos de 10 minutos ya tenía su plato servido y me dirigí a organizarle la mesa. Quería que tuviera la mejor impresión de mí, que jamás se arrepintiera de haberme ayudado de aquella forma. Yo no podía dejar de sentirme en deuda con él, me había sacado de casa de mi tía Laura, el peor sitio donde jamás había vivido.

Óscar ya estaba sentado, esperando impaciente. El olor que salía de la cocina le había abierto el apetito, y según me había dicho, la paciencia no era uno de sus puntos fuertes. Le dejé el plato delante, serví su bebida y me dirigí hacía la cocina.

— ¿Dónde vas? — preguntó.

—A la cocina, tengo que terminar de limpiar.

— ¿No almuerzas conmigo?

— ¿Contigo?

—Sí, no me gusta hacerlo solo...

No sabía bien qué decir. En mi mundo las empleadas no nos sentábamos con ellos, éramos mundos aparte. Entendía de alguna forma el sentarme en la misma mesa de Javier, tenía que encargarme de darle la comida a Daniel, pero no era lo lógico.

Me quedé un poco paralizada, sin saber bien qué hacer. Él mismo me estaba pidiendo que comiese en la mesa, sin embargo, no me iba a sentir cómoda.

—Creo que mejor voy a la cocina.

—Insisto, siéntate.

—Pero es que no está bien, Óscar.

—Creo que eso lo decido yo y no hay nada más que hablar, te espero.

Comenzó a comer, haciendo caso omiso de mis palabras. Fui indecisa hacia la cocina y me serví el almuerzo para sentarme a su lado. Óscar se había portado bien conmigo, quería responderle igual al cumplir sus órdenes.

—Así está mejor, ¿ves? — sonrió cuando me senté.

—Me siento un poco extraña aún aquí.

—Tranquila, eres una más.

—No soy una más, Óscar, soy la empleada.

— ¿Acaso crees que eso me importa? — pareció indignarse un poco — No sabes bien de dónde venimos Javier y yo, ¿no?

Me quedé un poco paralizada ante esa pregunta, sin saber bien qué responder.

—No sé a qué te refieres.

—Rosario, ahora podrás vernos aquí, viviendo de esta forma, sin carencias, pero no siempre fue así.

— ¿No?

—Para nada, Javier y yo, incluidas nuestras familias, vivíamos en uno de los barrios más humildes de la ciudad, en Cruce.

Aquello me sonaba a chiste. En ese barrio vivía gente demasiado pobre, con las calles sin asfaltar. Normalmente no contaban con luz ni agua y tener algo que comer todos los días se convirtió en un lujo.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Para nada — se puso serio —, el papá de Javier tuvo una oportunidad de negocio que lo llevó al éxito y eso fue un verdadero milagro.

—No sabía nada...

—Lo sé, no solemos hablar de eso, pero gracias a que su papá ayudó al mío, pudimos estudiar en buenos colegios y llegar a ser quienes somos hoy — me miró a los ojos —, así que no vuelvas a decir que eres una simple empleada, eres una persona igual que yo.

La historia me dejó estupefacta, me costó un poco asimilarla. Javier jamás habló de eso, solo de que su mamá había sido bibliotecaria en algún momento, pero poco más. Jamás se me hubiese pasado por la cabeza algo así.

—Para mí todos somos iguales, así que, si sigues trabajando aquí, aunque te pague por hacer el aseo, comerás en la mesa, conmigo.

—Está bien — asentí con la cabeza.

—Estoy rodeado de amigos que jamás harían algo así, pero así es esta sociedad, toca amoldarse.

—Sí, sabes que siempre existen las barreras, las clases sociales.

—En mi casa, no — dijo decidido, mirándome y sonriendo.

Ahora empezaba a entender por qué no tenía reparos a la hora de guiñarme el ojo o de ofrecerme ayuda. La gente que alguna vez había estado en nuestra misma situación sabía lo que era verse sin nada, empezaba a entender muchas cosas de su comportamiento y del de Javier.

Pasamos el resto de la comida hablando de diferentes temas y escuchando historias acerca de su vida anterior. Óscar no se avergonzaba al hablar de ello, aunque lo mantenían un poco en secreto. En su ambiente no se podía contar ciertas cosas y eso le estropearía bastantes negocios. Para mí no era ningún problema guardar el secreto, me encantaba saber más de ellos.

—Bueno, ha estado rico el almuerzo — se levantó de la silla —, tengo que volver a cerrar algunos asuntos.

—Ve tranquilo y gracias por la comida.

—No hay nada que agradecer, con ayudarte me basta para sentir que estoy haciendo algo bien.

Nos sonreímos mutuamente y fue la primera vez que sentí que podíamos ser amigos. Óscar no se había insinuado para nada, me respetó en todo momento. Era cierto que me parecía un baboso en nuestros encuentros, pero me sorprendió.

—Por cierto — cogió una chaqueta y abrió la puerta —, Javier y Daniel vienen hoy a cenar.

Mis ojos se abrieron como platos.

— ¿Cómo dices?

—No pude callarme el secreto mucho tiempo.

— ¿Mucho tiempo? ¡Apenas ha pasado un día!

—Lo sé — empezó a reír —, lo sé.

Cerró la puerta y se marchó, así, sin más. Me quedé allí sentada, durante un buen rato, mirando la pared. No sabía qué iba a hacer ni cómo iba a explicarme, no había parado a pensar en ello. El encuentro iba a ser inevitable, pero no imaginé que tan pronto.

Esperaba que Óscar aguantase más tiempo el decirle a Javier que estaba allí, aunque me había dejado claro que iba a hacerlo. Necesitaba un respiro para procesarlo todo, sumado a lo que viví en casa de mi tía Laura. No tenía tiempo para eso, iba a enfrentarme a ello sin más remedio.

Capítulo 8

No pude parar de pensar en toda la tarde sobre el encuentro con Javier. Dudé durante horas si arreglarme o quedarme con el uniforme, sobre si actuar dejándome llevar por el corazón o más bien fría, pero estaba hecha un lio.



Decidí por ser la Rosario que creía ser, la que se arreglaba con ilusión cuando salía a tomar una simple limonada, así que no lo pensé más. Me pasé un par de horas intentando alisar lo mejor posible mi cabello, poniéndome algo de maquillaje y me cambié como mil veces de ropa. Sentía que nada me quedaba bien y que nada era lo suficientemente elegante para verlos de nuevo.

A Daniel no iba a importarle lo que llevase puesto o cómo tuviera el pelo, él no miraba esas cosas. Seguramente solo quería pasar el tiempo conmigo, aunque quizás estaba un poco decepcionado, no lo sabía con certeza. Me fui de un día para otro, sin decirle adiós, pero sentí que no tenía más remedio. Rebeca intentaba separarme cada vez más de él y estaba segura de lo que hubiese conseguido sin mayor esfuerzo.

Me quedé sentada en el sofá, con toda la casa súper organizada, esperándolos. Las manijas del reloj parecían que no avanzaban y yo empezaba a ponerme cada vez más nerviosa. Me dio tiempo para pensar cientos de posibles saludos o formas de enfrentarme a ellos, sin saber cuál era la correcta.

Escuché el sonido de unas llaves al otro lado de la puerta y me puse de pie en un solo instante. El corazón me latía a mil por hora, era incapaz de controlarlo. La puerta de la entrada del apartamento se abrió a cámara lenta y la primera cara que vi fue la de él, la de Daniel. Una sonrisa inmensa se dibujó en mi rostro y sentí paz.

— ¡Nana! — corrió hacia mí.

Me agaché a su altura y nos dimos un fuerte abrazo. En esos instantes ni siquiera miré a los demás, no pude ver a Javier. Solo llevábamos unos días sin vernos y parecía que habían pasado siglos. No supe si era cosa de mi imaginación, pero llegué a verlo incluso más alto que la última vez.

— ¡Qué alegría verte! — sonreí — ¡Has crecido mucho!

—No será porque está comiendo bien...

Al escuchar la voz de Javier, levanté la cabeza. Me impresionaba verlo después de todo, más guapo que nunca. Al igual que yo, se había arreglado para el encuentro. Su sonrisa se cruzó con la mía y me levanté a saludarlo.

—Me alegra verte de nuevo — estiré mi mano para dársela.

—Y a mí, qué bueno que ya hayas vuelto de vacaciones.

— ¿De vacaciones? — no sabía de qué hablaba.

—Sí — me guiñó un ojo disimuladamente y señaló a Daniel con los ojos —, estamos

contentos porque por fin hayas regresado de tu viaje.

Entendí que tenía que disimular y así lo hice. Seguramente Javier le había dicho a Daniel aquella mentira para no hacerle más daño. Para un niño de 6 años debía ser difícil entender por qué una persona que lo quería se iba, así, sin más. No pude evitar sentirme triste al ver que Javier intentó protegerlo del mal que le había causado.

Óscar traía unas cajas de pizza y las puso en la mesa pequeña que quedaba delante del sofá. Javier y Óscar se sentaron en él mientras Daniel y yo nos sentamos encima de la alfombra, alrededor de la mesa. No paraba de contarme todo lo que había hecho durante los días que no estuve, era incapaz de mantenerse en silencio. Se le veía emocionado y agitado por mi presencia y eso me hacía feliz.

Javier y yo nos comportamos con total normalidad, pero sabía que teníamos una conversación pendiente. No había hecho bien, me sentía avergonzada y quería que lo supiese. Las situaciones que viví en la casa me superaron por completo y en aquel tiempo era demasiado débil. No sabía procesar bien todo lo que pasaba y era la primera vez que me enfrentaba a un empleo y al estar fuera de mi casa, esperaba que de algún modo lo entendiese.

—Entonces, no has comido nada bien... — miré a Daniel mientras veía como se comía un trozo de pizza tras otro.

—Para nada — respondió Javier por él —, ha sido un trabajo bastante difícil.

— ¿No has tenido ayuda de nadie? ¿Ni de Marta? — seguía hablando con Daniel.

Negó con la cabeza y siguió comiendo.

—Creo que la única que hace eso bien eres tú, para el resto de la casa ha sido una odisea.

— ¿Y Rebeca? ¿No lo ha intentado?

—Ya sabes que no es de tener demasiada paciencia...

—Lo sé...

Nos quedamos un buen rato callado, cenando. Yo seguía mi conversación con Daniel, intentando empapar-me de todas sus historias. Echaba de menos el ver cómo las contaba, era algo demasiado importante para él.

Después de cenar y ya con las piernas cansadas de estar en el suelo, me senté en un sillón. Óscar y Javier se pusieron a conversar de sus cosas y Daniel se sentó en mi regazo. Lo abracé y comencé a contarle un cuento. Sus ojos comenzaron a cerrarse poco a poco, se notaba que estaba cansado.

—Entonces, ¿cuándo vas a volver? — preguntó.

—Daniel...

—Ya has vuelto de vacaciones, ya puedes venir a la casa conmigo.

Levanté la cabeza y miré a Javier. Cuando Daniel comenzó a decir eso se hizo un silencio en la sala y no supe qué contestar.

—Seguramente pronto vuelva, Daniel — Javier le respondió.

—No te estreses ahora por eso — le sonreí y seguí con mi cuento.

En menos de dos minutos Daniel estaba profundamente dormido y yo era feliz al tenerlo entre mis brazos. Había echado demasiado en falta a aquel hombrecito, era el único que me ofrecía cariño verdadero y sin nada a cambio. Para él era alguien importante, independientemente de mi ropa o de dónde viniese.

El celular de Óscar comenzó a sonar y desapareció por un buen rato. Al ver la sonrisa que puso al mirar la llamada supe que era alguien importante y que íbamos a tenerlo fuera de plano durante un buen rato. Aquello nos dejaba a Javier y a mí solos, con la conversación que teníamos pendiente.

—Entonces, ¿vas a volver? — fue directo.

— ¿Volver? Ni siquiera me lo merezco después de la forma en la que me fui.

—Tengo que reconocer que no fue la más correcta, pero puedo entender que tuvieses un arrebató.

—No ha sido solo un arrebató, Javier...

— ¿Entonces?

Abrí la boca para intentar decir algo, pero acabé arrepintiéndome. Para mí no era fácil decirle que Rebeca me había tratado mal, tirándome comida por encima de la cabeza y que Gerardo, su jardinero, me acosaba cada vez que salía de la casa

—Eres libre para decir lo que quieras — dijo Javier al ver que callaba.

—Creo que sobraba, simplemente eso.

—Haces tu trabajo muy bien, Rosario, de hecho, eres la única en la que confié, creo que te lo he demostrado.

—Lo sé, pero... Hay más cosas...

Javier suspiró profundamente y se quedó callado durante un buen tiempo.

—No puedo adivinar qué cosas son si no me las dices, pero sé que una de ellas es Rebeca — me miró—, me ha confesado que te molestó alguna que otra vez con comentarios, pero parecía arrepentida.

— ¿Qué te dijo exactamente? — tenía curiosidad.

—Simplemente eso, que había hecho comentarios feos y que estuvo mal, está bastante cambiada.

Era fácil hacer eso cuando ya me había marchado, pero tuvo la oportunidad de tratarme mejor cuando aún estaba allí.

—Bueno, más o menos fue así — respondí sin más.

—He hablado con ella, sé que se portará mejor.

Eso era difícil de creer por lo poco que la conocía.

—Puedes encontrar a más gente, no es tan difícil.

—Rosario, sé que en todo esto también influye lo que pasó entre nosotros — no esperaba que sacase el tema —, pero te prometo que voy a ser respetuoso.

No podía evitar sentir que había jugado conmigo, aunque yo hubiese accedido a todo con él. El acostarse conmigo y al día siguiente decirme que lo olvidara, no había estado nada bien.

—No lo sé, Javier, todo me coge un poco de sorpresa.

—No te pido que vuelvas hoy, ni mañana, solo quiero dejarte claro que estamos dispuestos a recibirte.

—No me lo merezco...

—Pero nosotros sí.

Óscar apareció, cortando la conversación por completo, aunque pensaba que ya casi todo estaba dicho. Javier y él volvieron a hablar de sus cosas y a reírse de sus recuerdos, mientras yo permanecía mirando a Daniel. Parecía un ángel, era demasiado inocente para entender aquellas cosas de adultos.

No me había planteado volver a la casa de Javier, pero sentía que de alguna manera me necesitaban. Me sentía entre la espada y la pared en cuanto a mis sentimientos. No era lo suficientemente fuerte para enfrentar todo el tiempo a Rebeca y a Gerardo, pero no quería perder el cariño que recibía de ellos dos. Después de mis papás eran las únicas personas que me habían tratado bien.

Sentí un poco de lástima cuando se fueron y me quedé allí sola con Óscar. Se había portado

súper bien conmigo, peor algo en mi interior me gritaba que mi lugar estaba con ellos. Daniel no se dio cuenta, seguía dormido, pero Javier no dudó en volverme a ofrecerme empleo. Estaba muy confundida, no tenía ni idea de qué debía hacer.

Me iba a arrepentir si seguía allá con Óscar y no lo intentaba, pero también me podía arrepentir de volver a aquella casa, que tantas veces se convirtió en una jaula para mí. Necesitaba tiempo para tomar la mejor decisión, para saber cuál era el camino correcto.



Capítulo 9

La visita de Javier fue hasta tarde y aunque no había dormido demasiado, no tenía nada de sueño. El sol empezó a aparecer por mi ventana y decidí ponerme el uniforme y salir a hacer algo de aseo. Óscar lo tenía todo súper organizado y limpio, no lo podía negar, pero tenía que buscar algo que hacer para justificar mi estancia allá.

Me dirigí a la cocina y comencé a hacer el café y algo de desayuno. La mañana anterior lo había escuchado hacer ruido temprano, seguramente sirviéndose algo, así que me adelanté. Se estaba portando demasiado bien conmigo y quería devolvérselo, que supiera que estaba agradecida de corazón.

Intenté darme toda la prisa del mundo cuando escuché sonar su despertador, pero aquel hombre era más rápido que el viento. En menos de 5 minutos se presentó allá, vestido de chaqueta y dispuesto a enfrentar el día. Tenía una energía imparabile, hasta le dio tiempo a arreglarse un poco el pelo.

— ¿Qué haces levantada tan temprano? — preguntó al entrar en la cocina.

— Trabajar, para eso estoy acá, ¿no? — le ofrecí una taza de té.

— La verdad es que esperaba verte con la maleta, dispuesta a irte después de la visita de Javier.

— Creo que es pronto para tomar una decisión así....

— Lo sé, pero solo hay que veros juntos para darse cuenta de que es mejor que estéis el uno con el otro.

Me sonrojé ante aquellas palabras.

— ¿Acaso quieres que me vaya de acá y nos sabes cómo decírmelo? — bromeé para calmar mis nervios.

— Para nada, pero sé que aquel es tu lugar, no tenía nada más que ver el brillo en los ojos de Daniel y la ilusión que le hizo verte.

Eso era cierto. Tanto yo como él habíamos estado demasiado emocionados al vernos, se podía ver desde lejos. No hacía falta pasar años con una persona para conectar, el tiempo era algo subjetivo. Desde el primer día nos llevamos bien, nos amoldamos y le di el cariño y amor que necesitaba. Me salía del corazón ser así con él porque Daniel me lo devolvía de la misma forma, sin pensárselo.

Él había perdido a su mamá y yo también me sentía un poco sola en el mundo, nos necesitábamos de alguna manera el uno al otro. Javier se dio cuenta rápidamente que podía confiar en mí, que lo hacía bien, que Daniel me quería y eso le daba tranquilidad. Habían pasado varias nanas por aquella casa, pero jamás estuvo tan feliz como cuando llegue yo, me lo había repetido en miles de ocasiones. Para ser mi primer empleo, di la talla, excepto cuando me fui sin decir nada.

— ¿Qué es lo que te detiene? — preguntó Óscar.

— ¿Para volver a casa de Javier?

— Sí, parece que tuvieras una barrera que no quieres saltar.

Tomé un sorbo de café y me quedé pensativa. Óscar me había dado la suficiente confianza para hablar de todo, pero me costaba un poco sacar a la luz mis pensamientos. Siempre fui demasiado reservada, aunque aquel día necesitaba desahogarme. Respiré profundamente para coger fuerzas y empecé a contarle un poco.

— Se trata de Rebeca... y también de Gerardo...

— De Rebeca lo sé, a esa mujer no hay quien la soporte, pero ¿quién es Gerardo?

—El jardinero que era amigo mío.

— ¿Era? ¿Qué pasó?

—Lleva toda la vida enamorado de mí y cada vez que salgo al jardín, es como una mosca detrás de la oreja.

— ¿No para de perseguirte?

—Ajá, pero no es solo eso, a veces ha intentado besarme — no quise profundizar más.

— ¿Y por qué no se lo has dicho a Javier? Lo hubiese echado de una sola patada.

—No lo sé, no quiero sentirme culpable de que lo despidan.

—Rosario — me miró fijamente —, no puedes ser así de tonta, no puedes dejar que haga contigo lo que quiera.

—Lo sé y se lo he intentado dejar claro, pero no hay manera.

—Gerardo es el menor de tus problemas, si vuelve a hacerte algo, dilo y verás como todo se soluciona.

—No sé si será así de fácil — agaché la cabeza.

Óscar se acercó a mí y me cogió por los hombros, fuertemente.

—Mírame — dijo serio —, eres una mujer fuerte, puedes enfrentarte a eso y a más, incluida Rebeca y las estupideces que te haya dicho o hecho.

—Han sido algo más que simplemente estupideces — respondí.

—Me da igual — seguía agarrándome fuerte —, esas dos personas no pueden alejarte del sitio donde debes estar, tenemos que enfrentar a las hienas, somos los buenos.

— ¿Cómo hago eso?

—Saca la furia de tu interior, saca tu fuerza, deja de compadecerte de ti misma — me miraba fijamente, como nunca lo había hecho —, saca la Rosario que tienes dentro, no te amedranes ante nadie.

No supe por qué, pero aquellas palabras empezaron a hacer que me sintiese de otra manera.

Óscar era capaz de transmitirme seguridad y fuerza, con apenas decirme tres cosas.

—Eso es, sonríe — dijo al ver que asentía con la cabeza todo lo que me decía —, sé que puedes con ellos dos, sé que eres más fuerte, demuéstrate a ti misma lo que vales.

Lo miraba fijamente a los ojos, tratando de sacar toda la fuerza de mi interior. Óscar se alegró al ver que sus palabras hacían efecto en mí y me abrazó fuerte.

—Tú puedes, al igual que pude yo y al igual que pudo Javier, somos unos luchadores, que no se te olvide nunca.

Aquella charla me reconfortó. Tenía que buscar en mi interior, tenía que sacar toda la fuerza que había escondido.

—Por cierto — dijo tras tomar su último sorbo de café para salir de la cocina —, acaba con Rebeca, es realmente insoportable.

— ¿Que acabe con ella?

—Sí, sácala de allá, ábrele los ojos a Javier, mi amigo no puede terminar con semejante mujer, hay otras mejores.

Me guiñó un ojo y se fue, dejándome allá sola. Tenía aún mi taza de café en la mano y la miraba fijamente mientras reproducía en la cabeza todo lo que me dijo Óscar. Tenía que darle la razón en que me había dedicado a compadecerme de todas las desgracias que me habían pasado, dejando a un lado la mujer que una vez fui.

No era como Rebeca, ni pretendía serlo, pero tampoco me consideraba tan fuerte como ella. Sabía que su presencia no hacía bien ni a Javier ni a Daniel y que ellos me querían allá, así que

debía meditar todo demasiado bien. Tenía que ver qué me compensaba más, si aguantar ciertas cosas de Rebeca hasta ser capaz de pararle los pies o quitarme de en medio para siempre, sabiendo que Daniel, sobre todo, estaría sufriendo por mí.

Jamás me gustó dejar mi vida y mis decisiones en manos de otras personas y, mucho menos, por ejemplares como Gerardo o Rebeca. La Rosario que tenía en mi interior, esa mujer fuerte y luchadora que alguna vez fui tenía que salir de una vez y enfrentar las cosas de cara para no volver a esconderse nunca más.



Capítulo 10

Óscar abrió la puerta de la casa. Eran algo más de las 4 de la tarde y no había venido a almorzar. La comida estaba hecha en el horno, caliente, dispuesta a esperarlo.

—Veo que te has decidido — dijo al verme.

Asentí con la cabeza y cogí la maleta que tenía a mi lado. Óscar me sonrió y sin decir mucho más, me ayudó a cargarla hasta su carro. Había tomado la decisión de volver a casa de Javier, de enfrentar todo lo que me hacía daño y buscar la felicidad que tanto anhelaba y que tan cerca tenía.

Óscar arrancó y nos dirigimos hacia allá, no quedaba demasiado lejos de su casa. Bajé un poco la ventanilla y dejé que le viento diese en mi cara, tratando de renovarme un poco por dentro. Aquella decisión no fue precipitada, la medité la noche anterior y las palabras de Óscar fueron de gran ayuda para dar el paso.

Después de que se fuese aquella mañana, no pude parar de pensar una y otra vez en la conversación que habíamos tenido. Mis papás siempre destacaban delante del resto de la gente lo orgullosos que se sentían por el carácter que tenía y lo tranquilo que estaban al saber que podía defenderme solita. Lo cierto es que siempre fui así, una torre alta difícil de derrumbar, pero finalmente lo hice sin querer.

Dudé en muchas ocasiones mientras organizaba mis cosas, no estaba del todo segura. Volver a adaptarme a aquella casa no iba a ser difícil, la sentía en muchas cosas como si fuese mía, pero no sabía cómo iba a ser el reencuentro con los demás. Tenía que estar dispuesta a soportar cosas y a intentar que no me afectasen en nada.

Quería volver a ser yo misma y no tenía otra manera de demostrármelo a mí misma que enfrentando aquellos demonios. Rebeca pensó que podía hacer conmigo lo que quisiera, que valía más que yo y, por otro lado, Gerardo se atrevió a tocarme sin mi consentimiento, creyendo que podía usarme como un objeto a su antojo. Iba a demostrarme a mí misma y esos dos que Rosario era una mujer fuerte, de esas que valían la pena respetar.

El tema amoroso con Javier era otro asunto aparte. No habíamos tenido mucho, pero yo no me acostaba con cualquiera y sabía que él tampoco. Seguramente no sentía ni la mitad de lo que sentía yo por él, pues era mi hombre ideal, pero tampoco iba a entregarme de nuevo para nada. Si quería conocer a Rebeca estaba en todo su derecho, aunque me doliese, así que tenía que empezar a olvidarlo poco a poco.

Era buena en mi trabajo, cuidaba bien a Daniel y eso era todo lo que me importaba. Seguía teniendo las mismas aspiraciones de estudiar o hacer otra cosa en la vida, pero huyendo no iba a conseguir nada. Me fui de las peores formas, siendo cobarde, pero tenía que aprovechar que Javier me lo perdonaba. En aquella casa había un lugar para mí, en el que hacía feliz a Daniel y el a mí, tenía que seguir viviendo esa experiencia.

—Siento no haberme quedado más tiempo — dije a Óscar —, te has portado muy bien conmigo.

—No te preocupes, Rosario, supe desde un principio lo que iba a pasar.

—No sé cómo agradecerte tanto, me has ayudado mucho.

—Tranquila, cuando peor estábamos en la casa, el papa de Javier nos ayudó y me prometí a mí mismo ayudar a la gente cuando lo necesitase, se lo debo a la vida.

Óscar era una persona completamente diferente para mis ojos. Todo lo que había pensado alguna vez de él desapareció, hasta lo veía físicamente diferente.

— ¿Qué fue lo que te hizo Rebeca? — preguntó — Sé que no te gusta hablar de ella, pero

tengo algo de curiosidad.

—Aparte de hablarme mal... de intentar apartarme de Daniel y Javier, lo que peor me sentó fue la ve que me tiró el plato de comida por la cabeza.

—¿Qué? — preguntó casi gritando — ¿No hiciste nada?

—Fue algo inesperado... creo que me llevó al límite.

—Rosario, no voy a contarle nada a Javier porque sé que estamos hablando en confianza, pero, por favor, actúa y habla, no dejes que haga lo que quiera

—Eso intentaré.

—He intentado advertir a Javier que Rebeca no es buena persona, pero si nos callamos las cosas, jamás lo verá.

Óscar tenía toda la razón del mundo, pero era difícil luchar contra ella y más cuando Javier la había elegido como pareja. Callarme era lo fácil para no tener problemas, pero si seguía callando ella ganaría todas las partidas.

Llegamos a la entrada de casa de Javier y Oscar apagó el carro. Me quedé un par de minutos allá sentada, a su lado, sin decir nada. El corazón latía de manera inexplicable al tener que hacer frente a volver a pedir otra oportunidad. Quería seguir cuidando de Daniel, era lo único que sabía hacer y lo que se me daba bien. Ser su nana me daba una felicidad que tenía que vivir al máximo.

—Puedes bajar cuando quieras, nadie va a morderte — dijo bromeando Óscar.

—De eso no estoy tan segura — respondí.

—Entra y demuestra quién eres, hazte valer.

Lo miré y le sonreí. Se convirtió en uno de mis mejores apoyos en tan poco tiempo y no me pude detener a ofrecerle un abrazo. Sus palabras habían sido importantes para mí, me dieron la fuerza necesaria para tomar mi decisión.

—Ha sido toda una sorpresa para mí conocerte tan bien.

—Créeme que me hubiese gustado conocerte de otra forma — sonrió —, pero quizás en otra vida.

—No digas tonterías — reí —, no funcionaría.

—Lo sé, pero al menos hubiésemos pasado un buen rato.

Volvimos a abrazarnos después de reírnos y me bajé del carro. Óscar sacó mi maleta de la parte trasera y me la entregó.

—Parece que nos despedimos como si no volviésemos a vernos, pero os sigo esperando en la cafetería, no pienso perderme mis limonadas.

—Eso dalo por hecho, seguiremos en contacto — sonreí.

—Cuídate y cuídalos.

—No lo dudes.

Óscar volvió a montarse en el carro y se fue. Aquel amigo de Javier que se dedicaba a guiñarme el ojo y a hacerme sonrisitas se había convertido en un amigo verdadero.

Ahora solo me quedaba empezar el camino que había elegido. Tenía que volver a la casa de Javier, luchar por hacerme respetar y demostrarme a mí misma que podía enfrenta cualquier cosa que se me pusiese por delante.



Capítulo 11

Entré por una de las puertas del jardín que siempre estaba abierta. Gerardo la solía usar para ir y venir sin tener que estar pidiendo llaves, pues de aquella solamente las tenía él. A Javier jamás le hubiese gustado saber que eso permanecía casi siempre abierto, pero hasta aquel momento no había pasado nada.

Al cruzar la puerta, me sentí feliz. Aquel paisaje de jardines con la fuente en medio había sido mi compañero durante muchos días y siempre me proporcionaba tranquilidad. Empecé a caminar tranquilamente, respirando todos aquellos aromas. Las flores seguían tan hermosas como siempre y no pude evitar detenerles a mirarlas. Podía apostar que en todo el vecindario no exista ni jardín tan bonito como el de la casa de Javier.

Me fui acercando poco a poco a la puerta de entrada. No había visto el carro de Javier por allá, así que no tenía la certeza de saber si se encontraban en la casa o habían salido. Me daba igual esperarlos, fui decidida a empezar otra oportunidad en la casa y no tenía nada más que hacer.

No pude evitar fijarme en la presencia de Gerardo. Se encontraba subido a una escalera grande, arreglando las hojas de un gran árbol que se encontraba próximo a la entrada de la casa. Era casi imposible pasar por allá sin que se diese cuenta, así que respiré profundamente. A pesar de que las últimas veces que nos vimos se comportó, no podía quitarme aquella sensación de asco al recordar ciertas cosas.

No puedo negar que intenté hacerme la tonta al pasar cerca de él, sin embargo, no pude escapar. Gerardo me saludó eufóricamente desde lo alto de la escalera y bajó rápidamente a mi encuentro. A mí no me daba especial emoción verlo, pero entendía, en parte, que a él sí. Había vuelto la mujer que siempre deseó tener, era imposible borrarle aquella sonrisa de su boca.

— ¡Qué alegría verte! ¿Dónde has estado?

Se acercó y me dio un abrazo, aunque me retiré rápidamente.

— ¿Has vuelto? ¿Vienes a quedarte? — preguntó emocionado.

—Eso parece... — sonreí levemente — ¿Sabes si están Javier y Daniel?

—No, hace un rato salieron con la señorita Rebeca, seguramente a sus paseos rutinarios.

Odiaba escuchar aquel nombre, pero tampoco me sorprendía. Rebeca formaba parte de sus vidas, era normal que estuviesen juntos.

—Entonces esperaré en la cocina que lleguen, tengo que ver si puedo volver a quedarme.

— ¿Por qué te fuiste? Nadie nos esperábamos eso de ti.

—Fueron muchas cosas, pero creo que puedo enfrentarlas.

— ¿Crees que Javier te admitirá de nuevo?

No iba a contarle de nuestro encuentro, no tenía por qué saberlo.

—No lo sé, he venido a probar suerte.

Gerardo sonrió y me deseó fuerzas. Puse la excusa de que estaba muy cansada y que quería entrar a reposar un rato mientras llegaba Javier para no estar más tiempo allá con él. A pesar de lo simpático y agradable que se comportó, para mí ya no era mi amigo. Tenía que asumir las consecuencias de sus actos, ya no podía ni mirarlo ni tratarlo como antes.

Me dirigí hacia una pequeña puerta que daba a la cocina y que Marta usaba también para salir y entrar sin pasar por la sala principal. Abrí la puerta y asomé la cabeza, empapándome de aquellos buenos olores que venían de las ollas.

Marta se encontraba de pie, junto al fuego, cantando a toda voz y preparando la cena. Era gracioso ver como movía le cuerpo, aunque no al compás de la música. Seguramente su voz la

descoordinada un poco y sumado a la edad, no acertaba ni una.

—Hola — dije en voz alta.

Marta se dio la vuelta después de un brinco, con la mano en el corazón. No pensaba asustarla, no era mi intención, pero tenía puesta cara de espanto.

— ¡Casi me muero del susto! ¿Qué haces aquí? — dijo sorprendida.

—He vuelto...

Se apresuró a apagar la radio y volvió a mirarme. Parecía que había visto a un fantasma o algo por el estilo, pero solo llevaba unos días fuera.

— ¿Has vuelto? ¿El señor Javier ha vuelto a contratarte? — se sentó en la mesita pequeña y me hizo señas para que la acompañase.

—Aún no, pero espero que podamos hablar.

— ¿Has venido así, sin más? ¿Después de irte?

—Así es... — agaché un poco la cabeza.

—Rosario, uno no deja el trabajo con una nota, eso no es responsable — sabía que en algún momento me tocaba una reprimenda por su parte.

—Lo sé y estoy avergonzada y arrepentida...

Suspiró y se quedó mirándome, como si fuera una mamá regañando a un hijo con el que ya no sabe qué más hacer.

— ¿Y cuál es tu plan? — cruzó los brazos y se echó para atrás.

—No tengo un plan, solo espero hablar con Javier y pedirle otra oportunidad.

Tampoco iba a contarle que nos habíamos encontrado en casa de Óscar y que él mismo me había pedido que volviese. Prefería que nadie supiese nada de nuestra conversación.

—Lo cierto es que no sé qué hará, ha sido imposible manejar a Daniel desde que te fuiste, pero has sido muy irresponsable.

—Lo sé, Marta — le di la razón.

— ¿Y qué has hecho todo este tiempo? ¿Dónde has estado?

—De eso prefiero no hablar, si te soy sincera.

No quería recordar la estancia en casa de mi tía Laura y mucho menos decirle lo de Óscar. Él no visitaba mucho a casa, prefería encontrarse con Javier fuera, pero Marta llevaba trabajando muchos años allá. Cuando había algún cumpleaños o alguna fiesta siempre venía a la casa a comer, lo conocía.

—No sé qué pasará contigo — se levantó de la silla y se dirigió hacia las ollas —, pero me alegro de que hayas vuelto, seguramente Daniel se pondrá muy feliz.

—Yo también estaré feliz de verlo de nuevo a él.

—Por más que he intentado hacer sus comidas favoritas, ese chico perdió el apetito desde que te marchaste.

Me dolía oír eso y saber que había sido la causante. Le hice daño a una de las personas que siempre me quiso sin importar nada, no se lo merecía.

—Espero que sea capaz de perdonármelo

—Es un niño, inocente, lo hará — se giró y me miró de nuevo.

Sonreí. Marta no había sido mi mejor amiga, pero me gustaba aquellos momentos en los que parecía entenderme y apoyarme.

—Ya que estás aquí, no te quedes quieta — dijo cambiando de tema —, ayúdame con la cena.

— ¿Qué te ayude? — jamás me había dejado hacer nada.

—Sí, esta vieja ya no puede con todo.

Me levanté con una sonrisa de oreja a oreja. Era la primera vez que Marta me dejaba cocinar con ella y, sabiendo lo bien que hacía todo, podía aprender demasiado.

Parecía que las cosas podían ir a mejor, que todo ponía seguir su cauce. Lo único que me faltaba era formalizar las cosas con Javier en cuanto a mi empleo y que las cosas con Daniel volviesen a ser las de antes, con la presencia de Rebeca o sin ella.

Había vuelto para quedarme.



Capítulo 12

Marta llevaba arreglada un buen rato, preparada para irse y la cena unas cuantas horas hecha. Javier y Daniel tardaban más de lo habitual, jamás salían hasta tan tarde. Seguíamos allá sentadas esperando que llegara su carro para que la señora Marta pudiese irse y yo hablar con ellos.

—Si tardan un poco más, tendré que irme, se me hace tarde para regresar a casa.

—Deberías, si necesitan algo yo me encargaré con gusto.

—¿Estás segura?

—Sí, vete — sonreír — y descansa.

—Te haré caso, hoy me siento más cansada que nunca, pero antes le llevaré algo de cena a Gerardo.

—¿A Gerardo? ¿Aún sigue por aquí?

—Los árboles de la entrada se pusieron enfermos y Javier ordenó que se encargase de ellos el tiempo que hiciese falta, así que suele irse conmigo, después de la cena.

—Está bien, llévale algo y cuando termine, marchaos, yo estaré a cargo.

Marta sirvió un pequeño plato, cogió un trozo de pan y de bebida y salió de allá. Miraba el reloj continuamente y me asomaba por la ventana, me preocupaban un poco. Habrían salido a cenar con Rebeca lejos de allá y se les habría venido la hora encima, seguramente no tardaban en llegar.

Después de un rato pequeño, Marta regresó con el vaso y el plato vacío.

—El carro de Javier está en la entrada — dijo nada más aparecer —, Gerardo y yo nos tenemos que marchar, si necesitan algo, por favor, les ayudas.

—No tengas dudas y vete tranquila.

Marta se marchó y me asomé de nuevo a la ventana, nerviosa. Javier no tenía ni idea de que había vuelto y tenía que enfrentarme de alguna manera a él. Iba a estar contento, él mismo me había pedido que volviese, pero no podía evitar sentir un poco de vergüenza al verlo.

En cuanto aparcaron el carro y salieron de él, me dirigí hacia la puerta de entrada a recibirlos. Mi corazón se alegró bastante al ver que sólo se bajaron ellos dos, que Rebeca no estaba. Quería enfrentarme a las cosas poco a poco y no me apetecía para nada verla. Primero debía escuchar a Javier que me aceptaba de nuevo en la casa, después necesitaría tiempo para adaptarme otra vez a la rutina y, por último, me encargaría de ella si me molestaba.

Las luces de la entrada estaban encendidas y me quedé apoyada en una pared, próxima a la puerta. En cuanto esta se abrió, Daniel dio un pequeño grito de alegría y vino corriendo hacia mí. Me había visto incluso antes que yo a él, estaba súper emocionado.

—¡Nana!

—¡Hola, pequeñín! — lo abracé.

—¡Ya has vuelto!

—Así es — levanté la cabeza y miré a Javier.

—Ya puedes estar tranquilo, Rosario va a quedarse con nosotros — respondió.

No hacía falta decir nada más, fue más fácil de lo que pensé. Volvía a ser oficialmente la nana de Daniel y pertenecía de nuevo a aquella casa y a aquella familia.

—Pero ya es hora de dormir, debemos ir a descansar — dijo Javier a Daniel cuando empezó a contarme emocionada sus historias.

—Es cierto, ya es tarde — le di la razón.

—¿Puede venir ella también a contarme el cuento? — Daniel miró a Javier.

—Claro que sí, siempre es bienvenida.

Sonreí y lo cogí de la mano para subir las escaleras. Aquel pequeño hombrecito hablaba sin parar, como siempre lo hacía. En muchas ocasiones perdía completamente el hilo de lo que me estaba contando, era capaz de saltar de un tema a otro sin que me diese cuenta.

Entramos en su habitación y lo ayudé a ponerse cómodo para dormir mientras Javier aparecía con uno de sus cuentos favoritos, “Piratas en el espacio”. Daniel saltaba en la cama de la emoción, aunque lo había escuchado ya como cientos de veces.

— ¡Me encanta ese cuento, papá!

—Lo sé y como es un día especial, vamos a leerlo de nuevo — me miró y sonrió.

—Nana — Daniel me llamó —, no vas a irte más de vacaciones, ¿verdad?

—Tranquilo, he venido para quedarme — le devolví la sonrisa a Javier.

Me hice a un lado a observar la escena y a formar parte de ella. Javier narraba demasiado bien, me encantaba oírlo y entendía que a su hijo le fascinara aquellos momentos. Era capaz de trasportarte con su voz dentro de la aventura y sentir que la estabas viviendo. Envidiaba sanamente a Daniel, iba a tener unos recuerdos maravillosos de su niñez.

A Javier le costó un poco hacer que el pequeñín se relajase, estaba demasiado alterado con mi visita, así que me recosté a su lado. El cuento tuvo que comenzar de nuevo otra vez y empecé a acariciarle el pelo hasta que conseguí que cerrase los ojos. Estar allá, escuchando la voz de Javier y medio abrazada a Daniel era todo lo que podía pedir. Hubiese dado todo lo que tenía por parar el tiempo y que aquello no terminase jamás.

—Por fin se ha dormido, ¿no? — preguntó Javier.

—Sí — respondí al verlo —, por fin.

Me levanté silenciosamente y salí de la habitación junto a Javier. Se le veía un poco cansado, seguramente su día había ido demasiado intenso.

—Gracias por aceptarme de nuevo, prometo no salir corriendo esa vez.

—Espero que al menos lo hables antes conmigo, ¿vale?

—Así haré — sonreír —, buenas noches.

Me di la vuelta y me dirigí hacia las escaleras.

—Oye, Rosario — Javier me llamó.

—Dime — me giré para responderle.

Se acercó hasta donde yo estaba, lentamente, sin decir nada. Lo miraba a los ojos, intentando adivinar qué me quería decir, pero pronto supe que no quería hablar. Javier me cogió con una mano por la cintura, con otra el cuello y empezó a besarme apasionadamente.

Jamás hubiese pensado que el primer día de vuelta iba a estar en sus brazos y a pesar de que me prometí a mí misma ser fuerte, caí como una idiota en sus redes durante unos minutos. Sentir su lengua entrando en mi boca, teniendo contacto con la mía, hacía que sintiese escalofríos por todo el cuerpo.

—Javier... — después de unos cuantos besos me reiteré un poco —, sabes que después te arrepientes de todo esto...

—Déjame disfrutar el momento.

—El problema es que estos momentos me hacen daño al día siguiente — odiaba cuando acababa pidiéndome que olvidara todo.

Javier me miró a los ojos y se retiró un poco de mí.

—Tú mismo dijiste que esto no estaba bien, que no era la clase de mujer con la que debías estar — tenía que sacar de dentro de mí todo lo que sentía.

—No quise hacerte año al decir eso.

—Lo sé, solo dijiste la verdad....

Nos quedamos mirándonos unos segundos, sin decir nada más. Volví a darme la vuelta y bajé las escaleras, dispuesta a volver a mi habitación. Él se quedó allá, quieto, mirando cómo me iba.

Me hubiese quedado arriba, besando a Javier durante horas, pero tenía que ser un poco consciente de las cosas y protegerme a mí misma. Si volvía a decirme que tenía que olvidar lo que pasase entre los dos, me acabaría haciendo más daño y las cosas se estropearían para siempre.

Deseaba seguir en aquella casa, con aquel empleo, sin sufrimientos. Éramos adultos, no niños para andar jugando. No besaba a cualquier hombre, me costaba bastante hacerlo, entregaba todo de mí. No podíamos seguir haciendo aquello cada vez que a él le apeteciese porque yo tenía sentimientos muy fuertes y no quería acabar huyendo de nuevo.



Capítulo 13

Me desperté feliz aquella mañana. Había vuelto a vivir en aquella habitación pequeña de la que siempre me quejé, pero me parecía maravillosa. La había echado en falta el tiempo que estuve fuera, era el único lugar donde podía estar tranquila y sentirme protegida. Siempre había escuchado eso de que uno no sabe lo que tiene hasta que lo pierde y era totalmente cierto. Lo que un día me pareció una especie de cueva que me asfixiaba, era lo mejor del mundo en esos momentos.

Me dirigí rápidamente a despertar a Daniel para que fuese a la escuela. Alguna vez que otra me costaba un poco que reaccionara y quisiese abrir los ojos para vestirse, pero esa mañana no tuve ningún problema, se despertó igual de feliz que yo. Nos dio tiempo a que se aseara, que se pusiese el uniforme e incluso a bromear y a hacer alguna pequeña guerra de almohadas. Había vuelto adonde pertenecía, cada minuto que pasaba era más consciente de eso.

Javier ya nos estaba esperando para el desayuno y, sorprendentemente, no se escondió detrás de aquel periódico gigante como solía hacerlo. La noche anterior nos habíamos besado, pero nos tratábamos con normalidad, como siempre hacíamos. No tenía que tener miedo de que me dijese que tenía que olvidarlo, como las veces anteriores, pues yo misma había sido quien le dejó claro que no podíamos seguir así.

Después de muchas charlas para recuperar el tiempo perdido, los acompañé a la puerta para despedirlos. El sol ya había salido e iluminaba todo el jardín de una manera espectacular. Empezaba a mirar aquella casa y la vida que me ofrecía con otros ojos y tenía el corazón contento. Si alguna vez pensé que fue una equivocación aceptar aquel empleo, ese día estaba segura de que fue lo mejor que hice.

Una de las cosas en las que más pensé cuando estaba fuera, era la biblioteca. Me fascinaba entrar allá a leer o coger libros para salir al jardín, así que eso fue lo primero que hice al estar sola. Sabía que me iba a encontrar con Gerardo, que tendría que soportar sus charlas durante un rato, pero no quería amargarme por ello. Como dijo Óscar, era una mujer fuerte, podía luchar contra todos, solo tenía que sacar las fuerzas.

Cogí uno de los libros que siempre había leído y me dirigí a sentarme en la fuente. Me apetecía volverá perderme en la historia de la chica a la que se le cumplen mágicamente todos los sueños, quería sentirme un poco como ella. Mis metas estaban un poco lejos de mi alcance y en ese punto no sabía ya bien cuáles eran, pero tenía que seguir luchando porque mi vida mejorase.

La única que tenía clara era estudiar en la universidad. Siempre me gustó estar rodeada de libros y en la escuela era una de las mejores, sabía que podía hacerlo. Jamás vi el estudiar como una obligación, desde pequeña me pareció fascinante. Era capaz de memorizar miles de cosas y me interesaba todo lo que los profesores nos contaban, además, mis compañeros siempre me pedían ayuda para hacer trabajo o para enfrentarse a los exámenes finales.

Antes de abrir el libro, cerré los ojos y respiré profundamente. El sonido del agua y el aroma de todos los tipos de flores que conformaban aquel jardín provocaban en mí una relajación indescriptible. Sentía que cuando lo hacía podía respirar mejor, podía tomar mejores decisiones e incluso mi estado de ánimo cambiaba. Empezaba a renovarme poco a poco por dentro, intentando dejar atrás la Rosario que fui aquellos meses y buscando un nuevo yo para enfrentarme al mundo.

—Buenos días, Rosario — dijo Gerardo.

Abrí lentamente los ojos, sin asustarme. Lo había visto de lejos cuando me senté en la fuente, pero intenté ignorarlo, aunque sabía que no tardaría en llegar.

—Buenos días, Gerardo — respondí cordialmente.

— ¿Cómo fue tu bienvenida? ¿Te puso algún problema Javier?

—Me regañó un poco — mentí —, pero todo está en orden.

—Entonces contamos con tu presencia de nuevo — sonrió.

—Así es, vuelvo a ser la nana de Daniel.

Gerardo se sentó a mi lado, como era de esperar. Siempre buscaba el espacio para entablar conversación conmigo y sabía que era algo que no podía evitar, pero sí acortar. Pensaba ser cordial con él, ya que mis padres se habían esforzado mucho en educarme de la mejor manera correcta, pero en cuanto se extendiera demasiado, me quitaría de en medio.

— ¿Cómo te ha ido todo? Cuéntame dónde has estado.

—La verdad es que prefiero no hablar de eso, quiero centrarme en estar aquí ahora.

— ¿Tan mal te fue?

—Digamos que ni bien ni mal, sin más.

Cogí el libro que había dejado a mi lado y lo abrí, para dedicarme a leer.

—Te he echado en falta, Rosario, la casa no ha sido lo mismo sin ti — soltó de repente.

Lo miré y le sonreí levemente.

—Veo que sigues llevando mi colgante.

Miré a mi cuello y me di cuenta de que era verdad. Era un regalo tan insignificante para mí que no había reparado en él.

—No me había dado cuenta — confesé —, parece que se quedó ahí desde la otra vez.

—Al menos así demuestras que te gustó.

—Es bonito — dije sin más y volví a mirar el libro.

Gerardo no encontraba la manera de sacarme conversación y se notaba. Estaba allá sentado, intentando hablar de cualquier cosa y recibiendo respuestas cortas por mi parte.

—Bueno, tengo que regresar a trabajo — se levantó —, nos vemos después.

—Está bien, que tengas un buen día — respondí.

—Igualmente...

Se fue caminando lentamente y no pude evitar sonreír. Había conseguido librarme de él en menos de 10 minutos, sin alterarme siquiera. No había pensado en qué hacer cuando me enfrenase a él, aunque las últimas veces nuestra relación fue bastante cordial.

La estrategia de no mostrar desinterés o no demostrarle que me afectaba lo que decía de alguna manera, funcionó. Gerardo se cansó demasiado deprisa, dándose cuenta de que no hacía nada sentado allá, a mi lado. Me alegré al pensar que quizás las cosas eran más fáciles de lo que pensaba.

Pude pasar le esto de la mañana allá leyendo, sin más interrupciones. Gerardo pasaba de acá para allá, pero apenas reparaba en mí y empezaba a tener tranquilidad en cuanto a ese tema. Por fin el jardín podía ser un lugar al que salir tranquilamente, sin pensar en tenerlo todo el tiempo encima y acabar volviendo a la casa amargada. El cambio de actitud que decidí tomar funcionaba y sabía que mi siguiente paso era superar a Rebeca.



Capítulo 14

Esperé la hora del almuerzo con ansias y esta no se hizo esperar. Me centré tanto en leer el libro de fantasía de la biblioteca que cuando me quise dar cuenta, ya casi era la hora de recibir a Javier y a Daniel.

Me apresuré a la cocina a ayudar a Marta para organizar la mesa del almuerzo. Aquella señora tenía que plantearse pronto el retirarse, tenía las manos cada día peor. No quería reconocer que ya le fallaban bastantes cosas, aunque seguía cocinando como los ángeles. Lo único que podía hacer para ayudarla era llevarle los platos y recoger la mesa cuando terminásemos; al menos la aliviaba un poco.

Salí a la puerta para recibirlos como solía hacer por costumbre. No había pensado en que Rebeca pudiese aparecer o no, se me había olvidado por completo de la mente. Cuando el carro empezó a acercarse a la casa, como los cristales no dejaban ver el interior, me puse un poco nerviosa. Tenía que tomar una buena actitud, como hice con Gerardo aquella misma mañana, sin embargo, con ella me costaba algo más.

Cuando salió Daniel y vi salir a Javier, enseguida supe que íbamos a tener un almuerzo tranquilo, que era todo lo que necesitaba. Llevaba un par de días sin aparecer por la casa y eso me daba margen para relajarme un poco más. Tenía que normalizar de nuevo nuestras rutinas y sentirme parte al cien por cien de la casa otra vez.

En cuanto nos sentamos a comer, Daniel no paró de hablar. Acostumbraba a contarme con pelos y señales todo lo que había hecho durante el día. Había un compañerito suyo, Carlos, que solía molestarlo, pero ya había aprendido a enfrentarlo. Contaba orgulloso cómo había conseguido plantarle cara e, incluso, cómo se convirtió en el principal defensor de todos los niños de su clase.

Así tenía que ser yo, como un ave fénix que renace de sus cenizas. Plantarle cara a todo lo que me molestaba y sentirme orgullosa de mí misma. La fuerza que tenía en mi interior, de la que Óscar hablaba, iba saliendo poco a poco, haciendo que me sintiese con más ganas de enfrentar a la vida. Atrás iba quedando aquellos días en los que únicamente me compadecía de mí misma y dejaba que todo el mundo me manejase a su antojo.

Javier participaba activamente en la conversación, riendo y bromeando con nosotros dos. El uniforme que llevaba era lo único que me distanciaba de parecer una familia feliz alrededor de la mesa. Desde el primero día en que pisé la casa, formamos un gran equipo y parecía que eso no había cambiado nada. Seguíamos manteniendo esa conexión especial que había hecho que desarrollásemos un cariño gigante los unos por los otros.

El celular de Javier comenzó a sonar y no atendí mucho a lo que dijo, hasta que salió el nombre de Rebeca. No entendía muy bien de qué hablaban, pero decidí no darle importancia al tema. Estaba disfrutando de la compañía de ambos, de las historias de Daniel, no quería amargarme por alguien que no estaba allá.

Sin embargo, el timbre de la casa no tardó mucho en sonar. Marta salió rápidamente de la cocina para abrir, pero Javier se le adelantó. No hacía falta que abriese la puerta y que pasase la visita, sabía ya de quién se trataba. Aquel momento mágico en el que todo volvía a la normalidad desaparecería en los próximos minutos con su presencia, era inevitable.

Aquella larga cabellera rubia asomó por la puerta, podíamos verla perfectamente desde el salón. Todo aquello era un espacio abierto, sin muros, así que la vista era demasiado privilegiada.

Nuestras miradas se cruzaron inmediatamente y no puso cara de sorpresa, así que interpreté que Javier se lo había contado. Me daba un poco igual lo que pensase de mí, no podía juzgarme, pues el

que me pagaba y el que me tenía contratada ya me había perdonado la forma en la que me marché.

—Hola — saludó en voz alta.

Daniel y yo la miramos y respondimos, con normalidad.

—Rosario, tú por aquí... — se sentó en la mesa a acompañar a Javier — ¿Ya has vuelto de tus vacaciones?

Por la cara que puso, sabía que estaba hablando con bastante ironía.

—Sí, así es — respondí sin más mientras seguí dándole el almuerzo a Daniel.

—Tenemos que ser un poco más responsables y avisar antes, no todos los días es fiesta en esta casa.

—Rebeca, déjalo, ya lo hemos hablado — Javier intervino.

Ni me giré para mirarla después de ese comentario, seguía pensando igual. El único que tenía derecho a juzgarme era Javier y no lo había hecho, así que no tenía por qué darle explicaciones.

Intenté seguir con la comida y olvidar su existencia, pero sus risas escandalosas y sus comentarios continuos hacían la tarea un poco difícil.

—Ya he terminado, papá — Daniel no tardó en comer y eso me alegró bastante —. ¿Puedo ir a jugar?

—Sí, claro, lo has hecho muy bien hoy.

— ¿Vienes, nana? — preguntó.

—Enseguida, voy a recoger los platos de la mesa, tengo que ayudar a Marta.

Daniel salió corriendo escaleras arriba para jugar mientras me esperaba y el celular de Javier comenzó a sonar de nuevo. Por la cara que puso de preocupación, debía ser algo importante, así que salió de la casa a hablar. Seguramente no quería que nadie se enterara de sus asuntos, era totalmente respetable.

Aquello me dejó a solas con Rebeca, lo que menos deseaba en ese momento. Intenté ponerme a recoger un poco todo sin pensar en que estaba allá, observándome todo el tiempo.

—Has tenido suerte con Javier, si es a mí a quien tienes que pedir otra oportunidad, te echo inmediatamente de la casa.

—Precisamente no se te ha pedido a ti, así que no tienes por qué opinar — respondí como me salió del corazón.

No pude evitar mirar su cara. Estaba sorprendida por cómo le había respondido y sabía que no le gustó nada.

—Si vuelves a hablarme de esa forma, lo de tirarte comida por la cabeza se quedará en una pequeña anécdota.

—Si vuelves a hacer algo así, no creas que me quedaré quita — la miré a los ojos.

—Y que vas a hacer, ¿pegarme? — empezó a reír.

—No, tengo más clase que tú.

— ¿Clase? Tú no sabes ni lo que es eso, muerta de hambre.

—Quizás eso no, pero la educación me la enseñaron mejor que a ti.

Cogí varios platos y salí de allá dejándola con la palabra en la boca. El corazón me latía a mil por hora, nunca me enfrenté a nadie de esa forma. Hacía años que me había convertido en una persona que callaba y agachaba la cabeza, pero por fin estaba sacando la fuerza de mi interior.

Si Rebeca pensaba que seguía siendo la misma tonta de antes, estaba demasiado equivocada. Podía contarme más enfrentamientos con ella, pero estaba dispuesta a luchar. Daniel y Javier en parte apostaban por mí y eso me daba tranquilidad. En todos los meses que estuve trabajando en la casa antes de que llegara, jamás di un problema, así que en cuanto a eso le sacaba algo de ventaja.

Podía ser la novia de Javier, la persona que estaba conociendo, pero también sabía que él no era de complicarse demasiado. Si ella mantenía su lugar sin meterse en mi trabajo, me daba igual lo que ambos hicieran juntos. Sabía que lo mío con él era imposible y estaba aceptándolo poco a poco.

Si quería tener una guerra contra mí, estaba dispuesta a ganarla. No sabía qué le había llevado a tenerme ese rencor, quizás le daba miedo que otra mujer anidase cerca de Javier, pero no le iba a permitir más desprecios. Yo no era su juguete y no estaba dispuesta a que me maltratase a su antojo.



Capítulo 15

Rebeca no se quedó mucho tiempo más allá, para mi bienestar. Dijo que tenía que hacer unos asuntos y que vendría al día siguiente, así que respiré profundamente. Al igual que ella simulaba ser todo simpatía cuando estábamos todos presentes, yo hice lo mismo. Nuestras miradas se cruzaban y no eran amigables, pero delante de los demás comenzábamos a actuar demasiado bien.

En cuanto se fue, Javier se encerró en su despacho a trabajar. Parecía que la llamada que recibió a la hora de comer era importante, pues jamás había hecho algo así. Las tardes solían ser para nosotros, para salir a tomar algo o hacer alguna actividad. Sin embargo, no me importó, ni a Daniel tampoco, teníamos mucho juego que recuperar.

Había estado pensando, inevitablemente, en Óscar. Hacía días que no sabía de él y Javier tampoco me contaba nada. Tenía aún guardado su número de teléfono en el trozo de papel que me dio, pero me sentía un poco atrevida si lo llamaba. Esperaba con ganas el día en que nos volviésemos a ver en Nueva Luna, hacía tiempo que no sentía a alguien como amigo y él me había conseguido conquistar en ese modo. Ya no tenía que apartarme tanto de ellos para hablar, al menos podíamos compartir algo.

La noche llegó pronto, sin darme cuenta y bajamos a organizar la mesa para la cena. Daniel sabía que Marta ya no podía hacer tanto como antes y, aunque a veces le ponía verduras y no le gustaba, le tenía cariño. Ambos bajamos a la cocina y la ayudamos con la organización de la mesa.

Daniel se sentía mayor, como si estuviese haciendo algo de gran importancia y, en realidad, lo era. Tenía toda clase de lujos, vivía en una casa enorme, no le faltaba ni un solo juguete en su habitación y, sin embargo, era feliz ayudando a la cocinera. Todo eso le hacía ser más adorable de lo que ya era.

—Así que este pequeño jovencito ahora es ayudante de cocina — dijo Javier riéndose cuando se sentó y nos vio organizar.

—Así es, papá, la señora Marta está viejita.

La cara de Marta era todo un poema y no pudimos evitar reírnos a carcajadas. Los niños eran así de inocentes, decían lo primero que se les pasaba por la cabeza. Ella, aunque intentó mantener la compostura, acabó riéndose de lo que dijo Daniel, sin sentirse molesta.

El olor del arroz y las salchichas rellenas llegaron desde la cocina e inundaron todo el salón cuando Marta lo sirvió. No era uno de mis platos preferidos, pero sabía que a Daniel le gustaba bastante. Javier le permitía echar todo tipo de salsas y le gustaba experimentar todo el tiempo.

Al igual que el desayuno y parte del almuerzo, esa cena fue todo un disfrute. Charlábamos acerca de miles de cosas y me tocaba inventarme historias para Daniel. Pensaba que había estado de vacaciones en playas lejanas y, aunque nunca pisé una hasta ese momento, me inventé todo tipo de sanciones y anécdotas.

Daniel disfrutaba y reía mientras yo iba inventándome todo a medida que hablaba. La cantidad de libros que había leído a lo largo de mi vida me ayudaron bastante y me basé en miles para contarle. Aquel ambiente volvía a ser perfecto cuando sólo estábamos los tres, pero la felicidad no duró mucho más tiempo.

El timbre de la casa sonó de repente y ambos nos miramos. No teníamos ni idea de quién podía ser a esas horas, jamás se recibían visitas tan tarde.

Marta se apresuró a abrir, pero Javier le paró los pies, no se fiaba de quién estuviese detrás de la puerta. Había empezado a llover hacía un buen rato y la tormenta cada ve iba a mayor, así que podía tratarse de un mendigo o de cualquier otra persona. Fuese quien fuese, había encontrado la manera de entrar sin que saltase la alarma o Gerardo le había abierto la puerta sin ningún tipo de problema.

Me quedé mirando la puerta mientras Javier se acercaba y la abría poco a poco. Cuando lo que vi detrás fue aquella maldita cabellera rubia, supe que se trataba de Rebeca. Parecía que ahora le gustaba presentarse por sorpresa a cada rato, era la segunda vez que lo hacía aquel día.

Él la dejó pasar de inmediato. Venía toda empapada, con una maleta y con la cabeza cabizbaja. Jamás la había visto en un estado tan deplorable. Javier se apresuró a traerle una manta que había cerca del sofá y se la echó por encima, mientras no paraba de preguntarle qué le pasaba.

—Ha sido mi compañera de piso, hemos discutido y me ha echado — comenzó a contar.

— ¿Te ha echado a la calle? ¿Con esta tormenta?

Ella sentía con la cabeza y soltaba alguna que otra lágrima esporádica.

—Dime quién es y cómo se llama, iré a hablar de inmediato con ella — Javier estaba bastante enfadado.

—No, amor — le cogió la mano —, no quiero saber nada más de ella.

— Pero ¿cómo se le ocurre hacer eso?

—No sé, se puso medio loca... y no tenía dónde más ir — puso cara de cordero —, espero que no te moleste que haya venido.

—Claro que no, no hay problema con que te quedes aquí, lo sabes.

Odié escuchar esas palabras. Ahora no solo la iba a soportar esporádicamente, sino que íbamos a vivir bajo el mismo techo y solo Dios sabía por cuánto tiempo.

—No quiero molestar, Javier — me miraba, como desafiante.

—Rebeca, ¿cómo crees eso? No digas tonterías.

—No lo sé, me siento muy desanimada...

—Vamos, te ayudaré a instalarte en una de las habitaciones de invitados, tienes que quitarte esta ropa, está empapada.

Daniel la miraba un poco asustado, tampoco estaba acostumbrado a verla de aquella forma. El rímel y el labial se le habían esparcido por la cara, parecía un auténtico payaso.

Javier y ella desaparecieron escaleras arriba y nos quedamos allá, todos, un poco estupefactos. Ahora aquella mujer pasaba a formar parte de nuestra casa, de un momento a otro. Con lo bien que nos llevábamos y nos tratábamos, no tenía claro cómo iba a enfrentar todo y cómo iban a acabar las cosas.

Javier no me había pedido que acostase a Daniel, pero dadas las circunstancias, sabía que me tocaba hasta leerle el cuento y no me equivoqué. Pasamos un buen rato en su habitación operando la llegada de su papá, pero al ver que no lo hacía, me puse manos a la obra. Era ya demasiado tarde y al día siguiente había que madrugar, además no quería ir a buscarlo sabiendo que estaba con ella.

A pesar de que preguntó más de diez veces por su papá, no tardó mucho en quedarse dormido. Apenas me diot tiempo a contarle la mitad de la historia que habíamos escogido, cuando cerró los

ojos y comenzó a respirar fuerte. Daniel no roncaba, aún era muy pequeño, pero sus respiraciones podían oírse a kilómetros de distancia.

En cuanto me aseguré de que estaba profundamente dormido, apagué la luz de su habitación y dejé la puerta un poco abierta. Pensaba que quizás, después de estar con Rebeca, quería pasarse a darle un beso o algo a su hijo, así que procuré dejar las cosas en orden para que no hiciese mucho ruido al entrar.

Pasé lentamente cerca de la habitación de invitados donde Javier había llevado a Rebeca. La puerta se encontraba ligeramente abierta y no pude evitar asomarme disimuladamente. Ella estaba en toalla sentada al borde de la cama, abrazada a Javier. Seguramente seguía contándole el drama que había vivido, le encantaba hacerse la víctima y llamar la atención de todos.

Ambos se abrazaron y comenzaron a besarse amorosamente. Ver aquella imagen me dolía bastante, no podía negarlo, así que me fui rápidamente. Podía intuir cómo iban a acabar esos besos, no era tonta.

En ese momento me di cuenta de que no podía dejar que mi fuerza saliese poco a poco, tenía que dejarla salir completamente de una. Rebeca iba a estar bajo nuestro techo y sabía que no era por poco tiempo. Tenía una relación con Javier y podía acomodarse en aquella enorme casa que tanto le gustaba

Iba a luchar por mantener mi empleo y mi posición, aunqueuviésemos que empezar una guerra abierta entre las dos. Aquella mujer podía tener todo el glamour del mundo, pero le iba a dejar claro que yo era una presa dura de roer.



Capítulo 16

Si los días anteriores había podido dormir como una niña pequeña, aquella vez me costó bastante. Me tenía un poco alterada el saber que Rebeca estaba durmiendo bajo el mismo techo, que quizás estaba acostada en la misma cama que Javier y que tenía que encontrármela hasta para desayunar.

Me prometí a mí misma, durante todos esos días, ser fuerte, pero a veces me costaba bastante. Cuando me levantaba por la mañana me llenaba de ilusión y optimismo, pero había días que terminaba bastante estresada. Tenía claro que la visita no iba a ser por un día o dos, que se iba a extender; tenía que estar preparada.

Traté de hacer ejercicios mentales y conseguí relajarme un poco hasta dormir algo más de 5 horas. Era poco para lo que solía considerarse un buen descanso, pero fue suficiente para recargarme.

El sol estaba empezando a asomarse y escuché ruidos desde la cocina. Marta siempre era la primera en llegar y siempre me pregunté de dónde sacaba las energías para madrugar tanto. Según sabía, vivía como a una media hora de camino de allá, así que debía despertarse bien temprano para organizarse y llegar a tiempo. Jamás me paré a preguntarle cuánto le pagaba Javier, me parecía una pregunta de mal gusto, pero siempre tuve la curiosidad. Seguramente debía ser una cifra que compensara todo el estrés y el desgaste, pero con los sueldos que recibíamos las empleadas, no podía estar segura.

Decidí salir a tomar un poco de café antes de despertar a Daniel. Aquella bebida con cafeína podía alterarme, pero ya no me hacía nada. Encontraba paz cada vez que me tomaba una taza y, mucho más, cuando venía acompañada de una buena conversación.

Marta había estado súper bien conmigo desde mi vuelta. Podía cambiar en cualquier segundo y decirme cosas que no me gustaba, no podía descartarlo, pero mientras podía disfrutar de su simpatía. Aprovecharme de ello era algo que me venía bien, sobre todo sabiendo que me iba a enfrentar a los continuos comentarios de Rebeca.

— ¿Te he despertado? — preguntó al verme salir.

—No, tranquila, llevaba ya un rato levantada.

— ¿Quieres algo de café?

—Sí, era justo a por lo que venía.

Me senté en la mesita pequeña y esperé mientras lo preparaba. Cada día se le podía notar más el desgaste y la falta de energía. Era inevitable que llegase el día en el que nos dijese adiós, aunque estaba segura de que, a pesar de todo, iba a darme algo de tristeza.

—Toma, está bien caliente, ten cuidado — me ofreció una taza y se sentó a tomar otra.

— ¿Cómo te sientes? — pregunté.

—Mejor, estoy aplicándome algunas cremas. ¿Y tú?

—Bien, contenta de volver.

—Ayer me quedé sorprendida con Rebeca, es horrible que tu propia amiga te eche de la casa con semejante tormenta.

—Ha sido algo inesperado, sí...

—Aunque pensando mal... — hizo una pausa.

— ¿Qué?

—Nada, nada, tonterías de vieja.

La miré esperando que se decidiera a terminar la frase, pero no lo hizo.

—Dilo, no te preocupes.

—No sé, quizás quería venir a vivir acá y no encontraba la forma, ya sabes que a Javier le cuesta un poco tomar decisiones.

— ¿Tú crees? No sé, eso es un poco descabellado.

— ¿Acaso ella no lo es?

Marta tenía razón al pensar que una mujer como ella era capaz de hacer cualquier cosa por cumplir sus objetivos, pero era difícil de creer. No se me pasó por la mente pensar nada de eso, lo veía algo imposible.

—Seguramente eso le ayudó a dar el paso, pero no creo que se invente nada de eso, no lo sé — opiné.

—Quién sabe, el hecho es que la tenemos acá.

—Así es y seguramente por mucho tiempo.

—Da por hecho que ya jamás se irá, de eso sí que puedo estar segura, le gustan demasiado los lujos.

Esa frase provocó escalofríos en mí. Pensaba igual, que no iba a estar poco tiempo allá con nosotros, pero no me planteé que ya jamás se fuese. Convivir con Rebeca durante los años que estuviese cuidando a Daniel podía ser una completa odisea para mí, no sabría cómo lidiar con ello.

Marta terminó de beber su café de un sorbo y se puso a preparar el desayuno. Intenté borrar todos esos pensamientos de mi cabeza, prefería centrarme en el día a día y no pensar en el futuro, porque entonces ya sí que no viviría tranquila jamás.

El ritual que tenía desde siempre para levantar, asear y preparar a Daniel lo hice con total normalidad. La había escuchado ir de acá para allá hablando con Javier mientras me encontraba en la habitación terminando los preparativos para ir a desayunar, pero preferí hacer como que no existía.

En cuanto bajamos, ambos ya se encontraban en la mesa desayunando. Rebeca estaba aún en pijama, cosa que me resultó bastante extraña.

—Entonces, ¿prefieres quedarte hoy acá, descansando? — le preguntó Javier.

—Sí, con lo de ayer... No tengo demasiadas ganas de ir.

—Está bien, nosotros volveremos para la hora del almuerzo, intenta relajarte, ya todo pasó — le agarró la mano.

—Gracias, eres un amor — le dio un pequeño beso en la punta de la nariz.

Odiaba ver esas muestras de cariño y mucho más enterarme de que iba a pasar la mañana en la casa. El quedarnos solas podía ser un auténtico peligro, así que debía buscar cómo evitarla hasta que llegase Javier.

Acompañé, junto con Rebeca, a ambos hasta la puerta del carro. Se comportaba como si fuese la auténtica dueña y señora de la casa, como si llevase años viviendo allá. Despidió a Javier con un buen beso en los labios, pero apenas se paró a decirle adiós a Daniel. Sabía que a él le importaba

más bien poco, con tenerme a mí le sobraba.

En cuanto el carro arrancó, me fui hacia dentro, intentando pensar en qué hacer. Normalmente tenía la casa a mi entera disposición, pero con ella todo cambiaba. Decidí ir a mi habitación a recoger el libro que había cogido de la biblioteca el día anterior para devolverlo y encerrarme allá el resto de la mañana.

No tardé mucho en volver a mi habitación a por él y me dirigí hacia allá. Miraba todo el tiempo cada rincón, como con miedo a encontrármela sin más remedio. Pensaba ignorarla, no responderle a nada, hacer como si fuese invisible.

Cuando llegué a la puerta de la biblioteca observé que ésta estaba medio abierta y asomé la cabeza. Normalmente nadie entraba, excepto para hacer el aseo, así que me resultó algo extraño.

Pude ver a Rebeca, de pie y de espaldas, hablando por el celular. Pensaba desaparecer en ese mismo instante y esperar a que saliese, pero la conversación que mantenía llamó mi atención sin remedio.

—Raúl es un idiota, ayer me echó de la casa — decía indignada —, no sé cómo pudo enterarse de lo de Javier, pero se puso como si fuese una completa bestia. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Tuve que irme con la maleta en mitad de la noche, con la tormenta y dramaticé aquí todo, ya sabes cómo soy — empezó a reír a carcajadas —, menos mal que tengo a Javier... Si no, no sabría cómo pagar todas mis cuentas.

Mi corazón latía con más fuerza a medida que seguía con su conversación.

—Amiga, este hombre es bien tonto, ya sabes... — reía —, mientras lo tenga comiendo de mi mano pasaré de Raúl, total, lo nuestro llevaba ya tiempo muerto.

No paraba de reírse, parecía que la persona con la que hablaba le contaba chistes o algo parecido.

—Tranquila, tengo todo bajo control — dijo muy segura de sí misma —, esta casa es grande y lujosa, de mi nivel, aquí estaré bien y podré seguir teniendo la vida que me merezco.

Jamás me hubiese imaginado algo así, que estuviese con otro y que éste, al enterarse de sus juegos, la echase sin remedio. Se merecía eso y más, pero Javier no tenía ni idea de nada.

—Bueno, amiga, tengo que dejarte — empezó a despedirse —, si Raúl te llama o algo dile que no quiero saber nada de él, quiero que sufra un poco, aunque luego no me pueda resistir... Tengo que hacerme de rogar.

Empecé a caminar lentamente, sin hacer ruido, para salir de allá antes de que se diera cuenta. Todo lo que había escuchado era demasiada información que tenía que procesar. Rebeca estaba con otro, con el que convivía, su único interés con Javier era la plata y no tenía intenciones de dejar al tal Raúl a un lado.

Rebeca era más perversa de lo que jamás podía haber imaginado. Siempre pensé que tenía un fondo oscuro, que no era del todo transparente, pero aquello sobrepasaba límites. Entró en casa a destruir toda nuestra felicidad, sin importarle nada, cuando su vida era una completa mentira.

Tenía que hacer algo al respecto, que la situación no podía quedar así y mucho menos cuando me había enterado de todo, pero estaba atada de pies y manos. Si iba con el cuento a Javier podría pensar que eran celos y eso le daría ventaja para defenderse, no podía ser tan tonta. Tenía que meditar tranquilamente cómo desenmascararla, no iba a permitir que una mujer como ella envenenase el hogar tan bonito que había construido Javier.



Capítulo 17

Me quedé todo el resto de la mañana metida en mi habitación. Tenía tanta rabia acumulada en mi interior que no quería, por nada del mundo, cruzarme con Rebeca. Que le gustaba los lujos lo sabíamos, pero que estaba con uno y con otro solo por el mero interés de que le pagasen su nivel de vida, me parecía de lo peor. Javier no podía evitar que las mujeres se acercasen a él, interesadas en su plata, pero aquello ya me parecía demasiado.

Quizás en un ataque de rabia me hubiese dejado llevar por el impulso de ir a contárselo inmediatamente, pero agradecí que no. Eso solo me hubiese llevado a darle ventaja a Rebeca y a que Javier pudiese pensar que tenía celos o algo parecido. A pesar de que fui yo quien paró la situación de los días anteriores, no hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que sentía cosas por él. Rebeca seguramente se percató y por eso siempre me tuvo aquel odio incontrolable, no encontraba otra explicación.

En cuanto la hora de almorzar se acercó, salí a esperarlos. Sorprendentemente, Rebeca no estaba allá y casi que lo prefería. El carro aparcó como siempre y nos saludamos como hacíamos día tras día. Daniel venía a abrazarme emocionado mientras me contaba las novedades de su día y Javier nos seguía hasta la mesa para ponernos a almorzar.

Marta ya se había apresurado a servir cuando estábamos llegando, pero Rebeca seguía sin aparecer. Podía ver cómo Javier miraba a todos sitios, intentando buscarla con la mirada. Seguramente seguía preocupado por cómo se encontraba, sin saber que todo era una mentira. De no ser porque Raúl se enteró que lo estaba engañando con otro, Rebeca seguiría jugando a lo mismo durante el tiempo que se lo permitiera la vida.

—Hola, amor — Rebeca apareció a los pocos minutos, saludándolo con un beso.

—¿Dónde estabas? — preguntó Javier.

—Hablando con una amiga, quizás quedemos esta tarde un rato.

Todo lo que decía ya me sonaba a mentira.

—¿Esta tarde?

—Sí, ¿hay algún problema?

—No, pero ya había quedado con Óscar, pensé que nos ibas a acompañar.

Escuchar aquel nombre me supo a gloria. Tenía muchísimas ganas de verlo, por todo lo bien que se había portado conmigo y porque lo consideraba un amigo, pero después de escuchar toda la conversación de Rebeca, tenía más interés aún.

Rezaba para que Rebeca siguiera con su plan. No me importaba si quedaba con la amiga o volvía a ver por casualidad al tal Raúl, la quería fuera de mi vista.

—¿Con Óscar? — puso cara de desagrado — Ya sabes que tampoco es que nos llevemos muy bien.

—Lo sé, pero algún día tendréis que intentarlo, ¿no?

Se quedó unos minutos en silencio.

—Lo cierto amor, que después de lo de ayer, me apetece ir a tomar algo con mi amiga tranquilamente, nos vemos después acá. ¿Ok?

—Tranquila, lo entiendo — le sonrió.

—Por cierto... me da mucha vergüenza tener que decirte esto, pero.... — intentó hablar más bajo, para que no la escuchase bien — No tengo nada de plata para salir, me dejé todo pagando el alquiler.

Era la reina de las mentiras.

—Tranquila — Javier sacó su cartera y le entregó una tarjeta —, úsala para todo lo que necesites.

A Rebeca le brillaban los ojos como nunca.

—Gracias, amor — volvió a besarla de nuevo.

Hice todo lo posible para distraerme de aquello e intentar calmar las ansias que tenía de ver a Óscar. Pensaba contarle en cualquier momento que las cosas no iban bien, que había escuchado a Rebeca y esperaba que me ayudase. Él, al igual que yo, se había dado cuenta de la clase de persona que era y no quería que estuviese con Javier; era el único aliado que podía conseguir.

Pasamos el resto del almuerzo intentando evitarnos, Rebeca se dedicaba a hablar con Javier y no se metía en las conversaciones que yo tenía con Daniel. Había días en los que no se paraba ni a mirarlo, le daba completamente igual. Lo único que le importaba era la plata y Daniel, simplemente, era un añadido que tenía que soportar para conseguir sus objetivos.

Poco después del almuerzo y de arreglarme, nos montamos en el carro para irnos a la cafetería con Óscar. Rebeca no volvió a aparecer para despedirse, se quedó recostada en su habitación desde que terminó el almuerzo. Parecía que tenerla en la casa tampoco iba a significar verla 24 horas, así que podía estar feliz por esa parte.

Nada más llegar, Daniel salió corriendo a jugar y Javier y yo nos sentamos a esperar a Óscar. Desde aquel beso no nos habíamos vuelto a quedar a solas y me sentía un poco incómoda.

— ¿Todo bien? — preguntó después de pedir lo de siempre.

—Sí, ¿tú?

—Sí, bueno, algo estresado por el trabajo, pero bien.

Nos quedamos sin saber cómo seguir con la conversación.

—Con respecto a lo de la otra noche... — no esperaba que sacase el tema.

—Tranquilo, no pasa nada.

—No quiero que pienses que me aprovecho de ti, no es así.

—Lo sé...

—Simplemente que a veces no sé qué me pasa, no sé controlarme contigo.

— ¿No sabes controlarte conmigo?

—Es que...

En ese mismo instante Óscar apareció, cortando la conversación. Me alegraba mucho por verlo, pero no era el momento para aparecer. Me hubiese gustado seguir escuchando lo que tenía que decir, quizás así entendía mejor las cosas, pero no fue posible.

Óscar saludó efusivamente a Javier y a mí también. Ya formaba parte de aquel grupo de amigos, era una más. Sabía del asado de ambos y del por qué para ellos las barreras sociales no eran tan importantes. Era muy reconfortante sentirse así, sentir que formaba parte de algo tan bonito.

Después de un buen rato conversando sobre miles de cosas, el celular de Javier comenzó a sonar e intentó hacer oídos sordos. Nos pareció un poco extraña su actitud y a mí me venía súper bien que se ausentara un tiempo, pero siguió ignorando las llamadas.

— ¿Por qué no respondes? — preguntó Óscar.

—Es de la empresa, llevan días amargándome la existencia con unos contratos.

— ¿Y no te amarga más ignorarlos y ver cómo te llaman miles de veces?

Javier lo miró y se quedó pensando en sus palabras. Su celular volvió a sonar y después de un suspiro enorme, salió de la cafetería a responder. Era la oportunidad que tenía para hablar con Óscar.

—No tengo mucho tiempo, pero necesito tu ayuda — dije rápidamente.

— ¿Ha pasado algo? — Óscar se puso en alerta de inmediato.

Empecé a contarle a toda velocidad lo que había escuchado en la biblioteca. Esperaba que se sorprendiese algo más a medida que iba relatando los hechos, pero seguramente se esperaba cosas así de una mujer como ella.

—Entonces, nuestra querida Rebeca cree que puede jugar a lo que le dé la gana con Javier, ¿no? — dijo medio enfadado.

—Yo aún sigo sin creérmelo, me parece demasiado surreal.

—Sé de lo que es capaz, he odio muchas historias sobre ella, pero esto no puede quedar así.

—Es por eso por lo que necesito tu ayuda, Javier tiene que darse cuenta.

Óscar se quedó meditando unos minutos.

—Intentaré obtener información, conozco muchos amigos que saben de ella, en cuanto tenga un plan, te llamaré, ¿vale?

—Está bien — asentí con la cabeza.

Javier volvió y nos pusimos a hablar rápidamente de otra cosa. Ya había obtenido la ayuda que necesitaba y solo era cuestión de tiempo para desenmascarar a Rebeca. Quizás se había pensado que tenía suerte al encontrar a alguien tan inocente como Javier, pero no contaba con que tenía amigos como yo y Óscar que lo defendíamos a capa y espada.

Rebeca tenía las horas contadas en aquel hogar, iba a encargarme personalmente de eso.



Capítulo 18

La mañana pasó de lo más normal. La noche anterior Rebeca no apareció para la hora de la cena y lo agradecí profundamente. Según podía escuchar de la conversación que Javier mantenía con ella a través del celular, se había quedado con su amiga y no tendría idea de la hora de llegada.

Él lo veía algo normal, pero yo no pude parar de pensar en otras cosas. Era demasiado tarde para estar por fuera de la casa y, después de saber lo Raúl, no podía creer que estuviese diciendo la verdad. Me costaba un poco morderme la lengua, odiaba a la gente mentirosa y descarada, pero si tenía más paciencia, las cosas podían salir como esperaba.

Después de preparar a Daniel y bajar a desayunar, Rebeca apareció para acompañarnos. Esa mañana iba vestida diferente, con los típicos vestidos ajustados al cuerpo que solía llevar. Podía intuir que no iba a quedarse en la casa, que seguramente iba a trabajar o a cualquier otra cosa y eso me alegraba profundamente.

Necesitaba encontrar algo de relax y calmar un poco mis nervios. Había dejado todo en manos de Óscar y podía confiar en que se encargaría de ello sin problema, pero no tener las cosas bajo mi control me alteraban un poco. No tenía idea de cuánto iba a tardar en obtener toda la información necesaria acerca de la relación de Rebeca con el tal Raúl y si lo que supiese nos daba material para organizar un plan y desenmascararla. Aquella mujer no podía seguir engañando a Javier y, mucho menos, cuando yo tenía todos esos sentimientos por él.

En cuanto Javier, Daniel y Rebeca se montaron en el carro para irse, me dirigí hacia la biblioteca. Los libros siempre fueron mi pasión y lo único que conseguía evadirme de mi vida por completo. Necesitaba encontrar una historia apasionante, una que me embaucara de tal manera que me hiciese perder la noción del tiempo.

Cogí uno de los tantos libros que ya me había leído varias veces y salí al jardín a encontrar la paz entre el aroma de las flores y el agua de la fuente. Había convertido aquel rincón en mi santuario personal, donde podía librarme de todas las energías negativas que me rodeaban.

El único inconveniente era Gerardo. Llevaba una buena temporada siendo más respetuoso, peor no podía dejar de tratarlo de forma distante. A la mínima oportunidad que tuviese iba a intentar algo de nuevo conmigo, estaba segura de eso, así que debía mantenerme firme. No podía negar que me daba algo de lástima ver que nuestra relación de amistad, que teníamos de pequeño, se deterioró de aquella forma.

En cuanto me senté, pude ver cómo se acercaba inmediatamente. Parecía que tenía un detector que comenzaba a pitarle en el cerebro cada vez que me acercaba. Era impresionante la rapidez con la que aparecía cada vez que visitaba el jardín. Era como si viviese pendiente de quien entraba y salía todo el tiempo de la casa.

—Buenos días, Rosario.

—Hola, Gerardo, ¿qué tal? — intenté ser un poco amable.

—Bien, parece que los árboles ya van sanando. ¿Y tú?

—Todo igual, como siempre, ya sabes.

Sonreí y abrí el libro para comenzar a leerlo.

— ¿Otra vez leyendo?

—Ya sabes que me encanta, no puedo vivir sin libros.

—Desde que eras pequeña te sentabas en aquel árbol grande con mil libros, te he visto crecer junto a ellos.

Él siempre fue, de todos mis amigos, el que más me criticó eso. No entendía cómo no quería

correr o jugar a los juegos por estar rodeada de libros

—Por cierto.... Quería preguntarte si... Tenías algo que hacer esta noche.

— ¿Esta noche? Sabes que trabajo aquí todo el día.

—Digo después de trabajar.

—Lo cierto es que acabo cansada, Gerardo, lo único que me apetece es dormir...

— ¿Y mañana?

—Más de lo mismo...

— ¿Y el fin de semana? Los domingos tienes día libre — insistía.

— Ya veré, pero no aseguro nada.

Me daba ya vergüenza seguir rechazándolo.

—Entonces, ¿me avisarás?

—Ya hablaremos... ¿Vale?

—Vale.

Sonrió y no me gustó nada. Simplemente le había dicho que tendría que ver, pero no era una respuesta afirmativa. Era súper insistente y a veces me cansaba demasiado, así que prefería quitármelo de encima cuanto antes.

—Voy a seguir trabajando, tengo que mantener el jardín.

—Está bien, yo seguiré aquí.

Gerardo se alejó e intenté relajarme de la manera que necesitaba, aunque no podía quitarme de la cabeza su sonrisa.

Intenté olvidar el tema lo más rápido posible, tenía otros asuntos de mayor relevancia. Seguía esperando noticias de Óscar, pero parecían no llegar, así que debía armarme de paciencia y pensar en que todo iba a salir bien, que íbamos a librarnos rápidamente de Rebeca. Si hacía todo con prisas, seguramente el resultado sería un desastre, así que debía dar tiempo a las cosas para que se pusieran poco a poco en su sitio.



Capítulo 19

Después de un almuerzo tranquilo, en el que cada uno se dedicaba a lo suyo, decidimos subir a jugar un rato a la habitación. Daniel aquel día no se encontraba demasiado animado, así que saqué los mejores juegos que teníamos por allá. Apenas puso problema para el almuerzo, lo cual me extrañó un poco.

Javier y Rebeca se habían quedado abajo tomando algo de café caliente en el sofá. El estar cerca de ella o tenerla viviendo en la casa me amargó mucho menos de lo que esperaba. Me sentía un poco confiada porque tenía apoyo en Óscar y sabía que podía salvar tarde o temprano a Javier de sus garras.

— ¿A qué juego te apetece jugar? — pregunté a Daniel.

—No sé, nana...

Me agaché y me senté a su lado. Tenía la cabeza baja y la sonrisa que siempre se dibujaba en su cara no existía.

— ¿Qué te pasa, Daniel? Me tienes preocupada.

—Nada — negó con la cabeza.

—Sabes que pues contármelo todo, ¿de qué se trata?

Se quedó unos segundos en silencio y me miró.

—Papá ya no me quiere.

— ¿Qué? ¿Por qué dices eso?

—Siempre está con Rebeca, ya no escucha nada de lo que digo.

—Eso no es así...

—Sí, nana, él ya no me quiere.

Me abrazó fuertemente. Aquel pobre niño estaba sufriendo demasiado. Era cierto que en las comidas ya no hablaba con nosotros, que se dedicaba a ella, pero lo quería con toda el alma.

—Mi amor, tu papá está conociendo a Rebeca y pasan juntos algo de tiempo, pero tú eres más importante para él.

—Eso es mentira.

—No, Daniel, es verdad — me separé un poco y lo miré a los ojos —, tu papá hace todo por ti y entiendo que lo veas más distraído, pero todo volverá a ser como antes.

—Cuando está ella, las cosas no me gustan.

—Ni a mí tampoco, pero debemos aguantar un poco más, pronto todo será diferente.

Lo abracé con fuerza y me prometí a mí misma que actuaría cuanto antes. No me había percatado sobre la actitud de Daniel hasta ese momento que mostró tanta tristeza, pero quizás llevaba días sintiéndose mal. Podía reconfortarle todo lo que él me dejase y sabía que me tenía ahí, dispuesta a ayudarlo en todo lo que fuese posible.

—Daniel — Rebeca apareció de un momento a otro —, ve a cepillarte los dientes, vamos a salir.

— ¿Dónde? — preguntó.

—A dar un paseo, vamos, se hace tarde.

Daniel se emocionó un poco, le encanta salir a pasear fuera de la casa, así que corrió directamente hacía el baño.

—Tú te quedas — dijo mirando cómo me ponía en pie.

— ¿Me quedo?

—Sí, no queremos cargar contigo, es una salida familiar.

Decidí no responder, no me importaba. Lo que menos me apetecía en mi vida era pasear con ella.

— ¿Javier sabe que no voy? — pregunté, para cerciorarme.

—Lo sabrá y no creas que le importará mucho dejarte aquí.

—Si tú lo dices...

—Exacto, si yo lo digo.

Intenté pasar por su lado para salir de la habitación. No me gustaba tener que estar en el mismo lugar que ella, nunca acababa bien. Al pasar por su lado, me dio un pequeño empujón y me choqué con la puerta.

—Ten cuidado, idiota — dije sin pensarlo.

— ¿A quién llamas idiota, muerta de hambre? — se encaró.

—A ti, aunque no sé quién es más muerta de hambre, yo o tú que tienes que andar acostándote con hombres para que te paguen tus cosas — la miré directamente a los ojos.

—Cómo te atreves... — me miraba con rabia.

—Ah, no, perdón, se me olvidaba, que la que hace ese tipo de cosas tiene otro nombre.

Rebeca empezó a ponerse roja de rabia y levantó la mano. Me quedé mirándola directamente, dispuesta a devolverle el golpe si se le ocurría dármele.

—Voy a acabar contigo, lo sabes, ¿no? — dijo amenazándome.

—Estaré esperándote encantada.

Me separé de ella sin dejar de mirarle a la cara y bajé las escaleras dispuesta a bajar a mi habitación. En ocasiones anteriores el corazón me latía a mil por hora, pero aquel día dejó de hacerlo. Rebeca ya no provocaba nada en mí, no le tenía miedo.

Al ver mi cama, me tiré en ella, orgullosa de lo que había hecho. Cada día que pasaba, más fuerte me sentía, más capacitada para derrotar a Rebeca. Pensó que siempre iba a ser la misma tonta que se dejaría decir de todo, pero le había dejado claro que no. La Rosario que necesitaba ser ya había salido a flote y no estaba dispuesta a asumir ninguna derrota.

Mi celular comenzó a sonar al poco tiempo de estar allá. Siempre fui demasiado descuidada al guardar los contactos, casi nunca lo hacía, pero me sabía ese número de teléfono de memoria, sabía que era Óscar.

— ¿Aló? — respondí rápidamente.

—Hola, Rosario, ¿estás ocupada? — preguntó.

—No, para nada, dime.

—Oye, tengo toda la información que necesitaba.

— ¿Ya? ¿Y qué has descubierto?

—Te contaría todo por acá, pero prefiero que hablemos en persona, tenemos que planear bien cómo hacer que Javier se dé cuenta de quién tiene al lado.

—Sí, tienes razón...

Me quedé pensando unos segundos sobre cómo hacerlo.

— ¿No tienes horas libres? — preguntó.

—Sí, por las mañanas todos se van a trabajar y siempre me quedo aquí, sin hacer nada...

—Entonces, perfecto, pasaré a buscarte mañana mismo.

—Está bien, sobre las 8 y media podré estar lista.

—A esa hora estaré en la puerta, ya conoces mi carro, solo tienes que subirte.

—Nos vemos mañana, sin falta.

—Así será.

Colgamos a la vez. Óscar por fin había dado noticias y el día de desenmascarar a Rebeca estaba

cerca. Podíamos formar un gran equipo para hacerle ver a Javier qué clase de mujer era ella.

No podía ponerme a esperar que pasase el día, me sentía más ansiosa que nunca. La conversación que iba a mantener con Óscar me convenía bastante, no solo para sacar a Rebeca de la vida de Javier, sino para que desapareciera de la mía.

Con su presencia todo siempre se volvía gris, era tiempo de que en nuestras vidas brillara de nuevo el sol.



Capítulo 20

No podía dejar de estar nerviosa ante mi cita con Óscar. Me había levantado incluso antes de que llegase Marta a preparar el desayuno para todo y ya me había tomado como un par de cafés. Tuve que disimular delante de ella, diciendo que estaba preocupada por un familiar que estaba enfermo.

Me imaginé durante toda la noche las mil historias que podía contarme de Rebeca y los miles de planes que podíamos hacer para desenmascararla. Aquella mujer jugaba a dos bandas, intentando buscar quien la mantuviera a toda costa. Seguramente Raúl era otro empresario adinerado como Javier, seguramente le pagaba las cuentas y la tenía como una reina, pero a ella no le bastaba.

Después de tomar el último sobro de mi tercer café de la mañana, me dirigí a despertar a Daniel. Me gustaba pasar tiempo con él y estaba acostumbrada a esa rutina, pero quería que pasase rápido. Tenía el tiempo justo para despedirlos con normalidad en la puerta e ir a mi habitación a cambiarme el uniforme. No pensaba, de ninguna manera, salir con esa ropa, siempre me gustaba arreglarme y estar lo más decente que podía.

En el desayuno, no pude evitar mirar todo el tiempo a Rebeca. Hablaba con Javier, vestida elegante, como si todo fuese normal. No tenía escrúpulos al estar besándolo a él a la vez que vivía con otro. Para ella era mucho más importante la ropa que llevaba, su carro y su estilo de vida que el daño que pudiera hacerle a los demás, jamás había conocido a alguien tan egoísta como ella.

Javier, ajeno a todo, la trataba tan bien que, sin querer, sentía algo de celos. Podía recordar perfectamente el sabor de sus labios pegados a los míos, el calor de su cuerpo encima de mí... Eran recuerdos que aún tenía demasiado presentes. Sentía rabia al no haber podido acabar aquella conversación en la cafetería antes de que llegase Óscar, pero solo era cuestión de que nos volviésemos a quedar solos. En ese momento era bastante complicado, sin embargo, cuando Rebeca estuviese fuera de nuestras vidas podríamos hacerlo.

—Es hora de ir marchando — dijo Javier levantándose de la mesa —, nos espera otro bonito día.

Daniel y yo le sonreímos, al igual que Rebeca. Estaba feliz de verlo un poco más animado que días atrás, en los que el estrés del trabajo lo tenía un poco decaído. Por fin había llegado la hora de que se marcharen a hacer sus rutinas, tenía que arreglarme rápido para mi cita con Óscar.

En cuando el carro desapareció por la puerta de entrada del jardín, no me demoré nada en regresar a mi habitación. Por la mañana le había dicho a Marta que aprovecharía el día para visitar a mi familiar enfermo, así que me quité de su inevitable interrogatorio antes de salir. Aquella mujer podía demorarse un buen rato intentando sonsacarme información antes de dejarme marchar, me cubrí bien las espaldas.

Tras despedirme de ella, salí por la puerta que Gerardo siempre dejaba abierta. Debía llegar a tiempo a la casa para volver a ponerme el uniforme, recogerme el cabello y esperarlos en la puerta de entrada con total normalidad. Javier no me prohibía salir, pues esas horas realmente las tenía libres, pero prefería no arriesgarme a ningún tipo de preguntas.

El carro de Óscar era inconfundible. Aquel deportivo rojo se podía reconocer en cualquier sitio. Sin dudarle un solo instante, abrí la puerta del carro y me senté. Estaba tan distraído que no se percató de mi presencia y, esta vez, le devolví yo el susto a él.

—Me asustaste — dijo riendo.

—Esta vez me toca a mí — saqué la lengua.

— ¿Preparada? — preguntó al arrancar.

—Preparada — respondí sonriendo.

Óscar puso música a todo volumen y se dirigió a las afueras de la ciudad. De no ver que tomaba esa decisión, se lo hubiese propuesto yo misma. Normalmente, por lo que sabía, Javier no salía de la oficina en toda la mañana, pero no conocía bien las rutinas de Rebeca. Bastaba con que nos intentáramos esconder para que todo el mundo nos encontrase.

Ir en carro con Javier era divertido, pero con Óscar era muy diferente. Estar montada en el asiento delantero de aquel carro espectacular, con música moderna y las ventanas un poco bajadas, era bastante atractivo. Me podía sentir un poco diferente, como si fuera de la alta sociedad.

Llegamos a un pueblecito que quedaba a unos 20 minutos del centro y entramos en una especie de cafetería que quedaba en la entrada. La decoración era muy vintage y todo parecía hecho de madera. Las mesas simulaban ser troncos de árboles y los asientos también, era bastante peculiar.

Óscar parecía conocer a los meseros y no dudó en llamarlos y pedirles el desayuno. Con todos los cafés que me había tomado en la mañana, olvidé comer algo, así que en cuanto vino el olor a huevos revueltos, no pude resistirme y lo acompañé en el pedido. Tenía que coger bastantes fuerzas para salir de allá con un plan efectivo.

—Bueno, querrás que te cuente, ¿no? — preguntó Óscar.

—Claro, para eso estamos acá.

—Pues pon atención, porque Rebeca estaba jugando bastante sucio.

—No espero menos de ella.

Se acercaron inmediatamente a traer la orden del desayuno y Óscar tomó aire para empezar a contarme las cosas.

—Rebeca estaba con un empresario de vinos, llamado Raúl — empezó —, que es amigo de un amigo mío, ya sabes, en esta sociedad todos se conocen.

—Ajá.

—Llevan saliendo más de 6 años, pero a éste le ha ido un poco mal económicamente, ha perdido un montón de acciones en bolsa.

—Y es por eso por lo que estaba buscando una nueva presa.

—Exacto, creo que en el momento que vio que Raúl podía perderlo todo y no lograría mantener su estilo de vida, se acercó a Javier.

— ¿Tan caro es ese estilo de vida que lleva?

—Por lo que sé son operaciones, viajes, vacaciones, peluquerías y miles de cosas más... — afirmó — El caso es que Raúl se enteró de que andaba con otro, pero ciertamente no sabe quién es Javier, no se conocen.

—Menos mal, me daba un poco de miedo que se presentase en casa o que lo atacase...

—Rebeca no ha terminado del todo con él, de hecho, sé de buena fuente que lo sigue llamando para arreglar las cosas, quizás le conviene tener a los dos comiendo de su mano.

— ¿Y cómo pretende mantener esa doble vida? ¿Cómo pretende estar con dos hombres a la vez?

—Las mujeres como ella son capaces de hacer milagros con tal de conseguir la plata que quieren...

—El otro día le pidió a Javier y éste le dio una tarjeta suya, me dio tanta rabia...

— ¿Javier le dio una tarjeta? — no daba crédito — Va a dejarlo sin fondos...

—Lo sé, pero él aún sigue insistiendo en conocerla.

Óscar hizo un parón en la conversación para seguir desayunando.

—Lo cierto es que pensaba que tenía más interés en ti que en ella, Rosario.

—No te voy a negar que han pasado cosas, pero me cansé de ser segundo plato.

—Javier está un poco confundido con todo... Tenemos que abrirle los ojos para que tome una buena decisión.

— ¿Y qué propones? La verdad es que no se me ocurre ningún plan.

—A mí sí, lo tengo pensado desde anoche.

Estaba impaciente por escuchar su plan.

—El amigo que tenemos en común Raúl y yo, Marcelo, cumple años este sábado y lo va a celebrar en un buen restaurante del centro — comenzó a contar —, yo tengo que acudir y sé que Raúl también, sería interesante si también invito por otro lado a Javier y a Rebeca y todos nos encontramos casualmente allá.

— ¿Ese plan no sería un poco agresivo? — pregunté.

— ¿Agresivo?

— ¿Y si Raúl ve a Rebeca con Javier y lo golpea o algo por el estilo?

—Tranquila, estaré pendiente de eso, pero me aseguraré de que se vean y que ella quede en evidencia, va a ser más fácil de lo que piensas, te lo aseguro.

—Eso espero, no quiero que haya demasiados escándalos delante de Daniel, ya sabes que Javier, normalmente, no sale a ningún sitio sin él.

—Lo tengo todo controlado, confía en mí.

Tomé aire varias veces y medité el plan de Óscar. Me parecía una oportunidad interesante, pues Rebeca se enfrentaría a ambos a la vez, sin esperárselo, sin tener ningún plan para defenderse. Así Javier podía darse cuenta de la clase de mujer que era, pero me daba un poco de miedo que alguien quisiese enfrentarse a él.

—Rosario — Óscar me miró a los ojos —, no dejaría jamás que le pasase nada a Javier, lo quiero como a un hermano, es por eso por lo que debemos llevar a cabo el plan.

—Tenemos que protegerlo — asentí con la cabeza.

—Tú solo disfruta del espectáculo, va a ser dingo de ver — empezó a reír levemente.

—No seas malo — lo regañé un poco.

—Aquí la única mala es Rebeca y se le acabó el reinado.

Me alegraba oír esas palabras. Jamás imaginé que el plan fuese de ese estilo, siempre pensé que podía ser algo más sencillo, pero ya me daba igual. Si Rebeca quería estar con ambos para tener asegurada la plata si le fallaba alguno de los dos, estaba equivocada.

En casa de Javier habíamos conseguido ser como una especie de familia, no tenía derecho a venir a estropear nada. Ni la casa de Javier ni su felicidad le pertenecían, no podíamos permitir que saliese victoriosa y consiguiera reírse de todos.



Capítulo 21

El día esperado llegó, sin hacerse esperar demasiado. El sábado se convirtió, desde que llegué a esa casa, en uno de mis días favoritos, aunque aún tenía la incertidumbre de cómo iban a salir las cosas. Óscar aseguró que lo tenía todo bajo control, pero yo no estaba tan segura de eso.

Javier sería considerado para Raúl, el amante de Rebeca y podía reaccionar bastante mal al verlos juntos. Pensaba en Daniel, que seguramente estaría presente y en lo que podía sufrir si aquellos dos hombres empezaban a golpearse o algo. Javier no era esa clase de persona, siempre fue bastante pacífico, pero imaginaba que tenía coraje para defenderse si lo atacaban de alguna manera.

Intentaba no darle demasiadas vueltas al asunto y confiar que, en el momento adecuado, Óscar sabría cómo hacer las cosas. Sería capaz de poner su vida por encima de Javier, de eso no tenía ninguna duda y quizás no se perdonaría si le hacían daño, así que solo quedaba ver cómo acababa desenvolviéndose todo.

Daniel, cuando no tenía escuela, se despertaba bastante tarde, así que me daba espacio a descansar a mí también. No me consideraba tan dormilona como él, pero también me gustaba. Javier jamás me puso un horario, dependía única y exclusivamente de los movimientos del pequeño, dándome libertad para todo.

Siendo más de las 9, me arreglé después de tomar un café con Marta en la cocina y subí a despertar a Daniel. Javier era flexible los fines de semana, pero si los dejábamos ir, era capaz de despertarse a la hora del almuerzo.

Javier y Rebeca se encontraban en uno de los sofás que había en la sala, tomando una taza de café y hablando de sus cosas. Al pasar por delante, Rebeca me miró mal, como siempre, pero saludé cordialmente. Por dentro sabía que era quizás el último día que pasábamos juntas en esa casa, no me importaba absolutamente nada de lo que hiciese.

Después de un buen rato intentado sacarlo de la cama, por fin bajamos a que tomase su desayuno. Marta le había servido un par de tortitas y zumo de frutas, su favorito. Nos sentamos a hablar de sus cosas, de sus sueños de astronautas y piratas. Sus historias eran cada vez más alocadas y a mí me fascinaba oírlos, parecían sacadas de cuentos de fantasía que tanto me gustaba leer.

Sin embargo, aquel día no pude evitar estar atenta a la conversación que Javier mantenía con Rebeca, sobre todo cuando nombraron a Óscar.

— ¿Tenemos que ir? — preguntaba Rebeca, con cara de pocos amigos.

— Es una cena en un restaurante elegante, quiere lucirse, está feo que no vayas nunca a nada.

— Sabes que Óscar no me cae demasiado bien y yo a él tampoco, no sé si será demasiado agradable.

— Óscar es mi amigo de la infancia, te aseguro que solo tienes que conocerlo un poco para saber que es una muy buena persona.

En eso Javier tenía toda la razón. Quizás a primera vista Óscar parecía un poco baboso o antipático, pero la realidad era bien distinta. Se había convertido en uno de los mejores amigos con los que podía contar o, al menos, eso sentía.

— Las mujeres vemos las cosas de otro modo, Javier.

— Vamos, Rebeca, quiero aceptar — insistía —, pasaremos un buen rato, todos.

— ¿Todos? — preguntó sin saber bien a qué se refería.

— Óscar, Daniel, Rosario, tú y yo.

— ¿Rosario va a venir?

En cuanto Javier me nombró, le gustó aún menos el plan. Intenté disimular que no estaba

escuchando nada, que solo atendía a las historias de Daniel, no quería sentirme incómoda en esa sala.

—Siempre salimos a cenar todos juntos y a Daniel le hace bien, ella logra controlarlo con la comida.

—Ella no es parte de la familia, Javier — le daba igual hablar en voz alta, no le importaba nada.

—Rebeca, eso es lo de menos ahora mismo.

—No es lo de menos, estoy harta de compartir mis tardes con una simple nana.

El silencio reinó durante unos minutos. Estaba segura de que a Javier no le gustaba ese tipo de comentarios, pero no entendía por qué se los consentía. Rebeca cada día era más maleducada y no le importaba ir demostrando cómo era. En vez de molestarme, me agradaba que hiciera eso, que ella misma se quitase la máscara frente a todos.

Javier se quedó serio, sin decir nada más. Era el señor de la casa, debía aprender a callar a los demás y a imponer sus cosas, aunque nunca lo hacía. Siempre fue demasiado prudente al hablar de ciertas formas a los demás, pero eso no le beneficiaba en nada.

—Está bien... — dijo después de un buen rato Rebeca, como si le estuviera haciendo un favor — Iremos a esa cena, ¿vale?

Javier seguía sin decir nada.

—Amor — se acercó a él y lo abrazó —, vayamos, no te enfades.

—Deberías ser un poco más respetuosa con los demás — Javier me miró, pero disimulé que no estaba atendiendo a sus conversaciones.

—Está bien... lo intentaré... — sonrió y le dio un beso.

Empezaron a hablar de otras cosas y, a pesar de sus comentarios, estaba feliz por dentro. Sabía que íbamos a acudir a esa cena y que iba a poder presenciarlo todo. Rebeca podía despreciarme todo lo que quisiera, aquel día le daría toda la libertad del mundo para hacerlo, sabía que iba a ser el último.

En cuanto saliésemos por aquella puerta, directos al restaurante, sería su final si todo salía bien. Rebeca tenía las horas contadas en aquella casa, junto a todos nosotros. Pensaba que podía ser más inteligente que nadie, que podía reírse de todo el mundo, que tenía el plan perfecto, pero no era así.

Desde el día que llegó a cambiarlo todo, deseé con fuerzas que desapareciese de nuestras vidas. Era mala persona, solo había que fijarse en ella un poco o escucharla hablar. Le encantaba creerse el centro de atención, pensar que era mejor que nadie. Aquella torre estaba a punto de caer.



Capítulo 22

A pesar de que podía ser una gran victoria, tenía los nervios a flor de piel. Mientas me arregla en mi habitación e intentaba organizarme el cabello, no podía parar de pensar una y otra vez en cómo se desarrollaría todo. Quizás las cosas podían salir mal, que no se encontrasen o que Raúl no fuese a la cena finalmente; imaginaba de todo.

Cogí un pequeño bolso que tenía a conjunto con el vestido negro que me coloqué y salir a esperar a que bajasen para marcharnos. Yo ya había arreglado a Daniel con una camiseta blanca y un pantalón liso negro, pero aún quedaba por esperar a Rebeca y a Javier.

Después de un buen rato esperándolos y ya aburridos, por fin aparecieron. Javier siempre fue demasiado sencillo a la hora de vestir, pero aquel día parecía algo diferente. No tenía idea de si la camisa que llevaba puesta era nueva o no, pero le sentaba de maravilla. Aquel hombre podía ponerse todo lo que le diera la gana, no había ropa que le sentase mal.

Rebeca no decepcionó. Bajó las escaleras luciendo un vestido largo color champagne que brillaba demasiado. El cuerpo que había conseguido, según sabía a través de miles de operaciones, era bastante bonito. Tenía la figura muy definida, era una pena que el interior estuviese tan podrido como una fruta vieja.

Después de mirarme detalladamente de arriba abajo, seguramente pensando que a su lado estaba ridícula, nos dirigimos a montarnos en el carro para irnos hacia el restaurante. Rebeca ya no se sentaba, como había hecho en otras ocasiones, en la parte de atrás. Se sentaba en la parte delantera, orgullosa, junto a Javier, como si fuera la señora de la casa.

En cuanto llegamos al restaurante y entramos por la puerta, mi corazón empezó a latir con fuerza. Miraba a todos los hombres que pasaban, pensando en que cualquiera podía ser Raúl. Estaba alerta, esperando el momento en que alguien furioso se acercase hacia nosotros, pero no sucedió en esos momentos.

El mesero nos acompañó a una mesa que había reservada para nosotros, casi al final del local, y nos sentamos tranquilamente. Allá no había demasiadas personas, estaba más bien vacío. Me tranquilicé un poco e intenté actuar con normalidad, no quería que ninguno de los dos notase nada raro en mí.

A Rebeca se la podía ver en su salsa. Hablaba de los diferentes tipos de vinos que había en la carta junto a Javier, como si fuese experta en ellos. Seguramente su vida la pasaba de restaurante en restaurante, no había duda de ello. Sabía comportarse perfectamente, de manera elegante, siendo toda una señora de la cabeza a los pies.

Daniel y yo, sin embargo, éramos algo más revoltosos. Hablábamos en ocasiones en voz alta y hacíamos bromas todo el tiempo de cientos de cosas. A Javier le divertía vernos así, pero a Rebeca se le notaba en el rostro que le daba un poco de vergüenza compartir mesa con nosotros dos.

— ¿Van a ir ordenando? — preguntó el mesero.

— Estamos esperando a un amigo, en cuanto llegue le avisamos.

— Está bien, señor — asintió con la cabeza y se marchó.

Javier comenzó a mirar la hora en su reloj de muñeca, resoplando. Óscar siempre fue incapaz de llegar a tiempo a la cita, pero aquel día no me preocupaba demasiado. Sabía que tenía otra cena con sus amigos para un cumpleaños y quizás estaba organizándose para estar en el mismo restaurante con ambas citas.

Miré para todos lados, tratando de buscarlo y, por fin, lo observé bajando las escaleras. Se había vestido también muy elegante y no podía negar que a él todo le sentaba bien. Óscar era un hombre

muy cuidadoso con su aspecto personal y bastante atractivo.

Al llegar a la mesa saludó efusivamente a Javier y a todos los demás. Su relación con Rebeca no era demasiado buena, por lo que siempre habían dicho, pero se comportó de manera educada con ella. La saludó como a una más, como si tuviesen una amistad desde siempre.

—No eres capaz de ser puntual — dijo reprochándole entre bromas Javier.

—Llevo un buen rato aquí, pero coincidí con un amigo que está celebrando su cumpleaños, tuve que subir a la zona VIP a estar un rato con ellos — respondió —, lo había olvidado por completo.

—No pasa nada, Óscar, si quieres estar con ellos, sube, nosotros solo hemos venido a cenar.

—No, para nada — dijo casi ofendido —, os invité y voy a estar con vosotros, pero tengo que ir primero a despedirme de ellos.

—Está bien, tranquilo, estaremos acá, esperándote.

Óscar me guiñó un ojo disimuladamente y en ese momento supe que el plan iba sobre ruedas. Miré cómo desaparecía escaleras arriba y empecé de nuevo a ponerme nerviosa. Parecía que el momento clave no iba a tardar en suceder.

Nos pusimos a mirar la carta intentando pensar qué pedir para la cena, haciendo tiempo para que volviese Óscar, aunque no tardó mucho en aparecer de nuevo.

—Oye, Javier — se acercó —, le comenté a mis amigos la situación y dicen que estarían encantados de que los acompañásemos todos.

—No sé si es buena idea, seguramente están celebrando algo íntimo y personal.

—Para nada, Marcelo ha invitado a mucha gente y hay un gran cóctel, seguramente lo pasáis bien.

—¿Marcelo? ¿El dueño de la pastelería que siempre fue amigo tuyo?

—Sí, ese mismo — Óscar sonrió al ver que Javier se acordaba de él.

—Entonces por mí no hay problema, siempre lo consideré muy agradable — estaba convencido de la idea —. ¿Qué os parece?

Javier nos miró a todos.

—A mí no me importa ir y a Daniel tampoco— respondí por ambos.

—¿Y a ti? — preguntó a Rebeca.

—Jamás me ha importado acudir a un cóctel y menos siendo en la zona VIP — sonrió interesadamente —, estoy segura de que lo pasaremos bien.

Óscar y yo nos miramos, sonriendo. El plan estaba saliendo a la perfección y solo faltaba la fase final.

Nos levantamos de la mesa y empezamos a subir las escaleras poco a poco. Mi corazón palpitaba a mil por hora y empecé a hacer ejercicios de respiración para poder controlarme. Sabía que al entrar en esa sala podía ocurrir un desastre, aunque era todo lo que necesitábamos para desenmascarar de una vez a Rebeca.

Al llegar a la sala, había un gran cóctel y varias personas allá, pero podía verse que eso solo acababa de empezar. En ese lugar había muchísimas mesas, con nombres puestos delante de cada asiento, así que llegamos en el momento adecuado. La mayor parte de la gente no había llegado aún. Me daba un poco de lástima pensar que el cumpleaños iba a estropearse un poco por la situación, pero no encontramos otra manera de hacerlo.

Andamos detrás de Óscar y nos acercamos a una mesa en la que estaban unos hombres sentados hablando entre ellos. Imaginé que uno tenía que ser Raúl, aunque no podía adivinar quién en esos

momentos. Ninguno de ellos se percató de nuestra presencia hasta que Óscar no comenzó a hablar, pues estaban riendo y hablando entre ellos de sus cosas.

—Chichos, os presento a unos amigos — dijo en voz alta, atrayendo la atención de todos—.

Javier, su novia Rebeca, su hijo Daniel y Rosario, la nana.

Miré la cara de Rebeca y supe que ya se había dado cuenta de quién estaba sentado también allá. Sus ojos estaban completamente abiertos y se podía ver que se sentía atrapada. Estaba agarrada del brazo de Javier e intentó soltarse a toda prisa.

No fue difícil adivinar en ese momento quién era Raúl, pues se puso de pie de un salto. Aquel hombre fuerte, moreno de piel y con ojos profundos, parecía tener demasiada furia en su interior. Miraba a Rebeca a los ojos, como si hubiese visto al mismísimo demonio.

— ¿No tienes suficiente con todo lo que has hecho que te presentas con tu amante?

Óscar se acercó a Javier disimuladamente, como para protegerlo. Éste empezó a sentirse un poco desorientado ante la situación.

— ¿Perdón? ¿Cómo dice? — Javier se dirigió a él.

—Será mejor que nos vayamos, Javier — Rebeca tiró de su brazo.

— ¿Ahora huyes? ¿Así lo haces todo? ¿Éste es tu amante? — le reprochaba mientras ella intentaba marcharse.

— ¿Qué está pasando aquí? — Javier miraba a todos.

Óscar se puso en medio de todos ellos, levantando los brazos.

—Que alguien me explique qué pasa.

—Eso quiero saber yo — Javier cogió la mano de Rebeca y la miró a los ojos.

Raúl empezó a acercarse a Javier, bastante enfadado. En ese momento sentí miedo de que pasase algo y abracé a Daniel, no me gustaba tenerlo en medio de todo aquello. Óscar se acercó y separó a ambos, pidiendo explicaciones.

— Rebeca, ¿qué es todo esto? — Javier la miró.

Ella fue incapaz de responder.

— Díselo, Rebeca — Raúl le habló.

— Vámonos, no hacemos nada aquí — respondió ella.

— ¿Por qué dice que soy tu amante?

— No sé de qué habla — se le podía ver el terror en sus ojos.

— ¿No sabes de qué hablo? — dijo Raúl — ¿Acaso nuestros 6 años de relación se te han olvidado en un día?

— ¿Cómo que relación? — Javier jamás estuvo tan desinteresado.

—Lo dejamos apenas hace unos días, cuando descubrí que estaba con otro, que parece ser tú.

— ¿Estabas con otro hombre, Rebeca? — Javier empezaba a mirarla con rechazo.

—No sé de qué habla...

Uno de los amigos de Raúl se levantó y se puso a su lado, afirmando que la historia era cierta. Javier estaba en medio de todo, sin saber bien qué hacer. Se había enterado de los trapos sucios de Rebeca, delante de todos.

— ¿Es eso cierto? — le preguntó.

Ella volvió a quedarse callada.

—Claro que es cierto — dijo Raúl —, pero si quieres quedatela, ya no la quiero.

—Déjanos en paz — le respondió Rebeca.

—En cuanto la plata ha faltado en casa se ha tirado a la calle a buscar a otro idiota que le

pague todo.

—Eso no es verdad — Rebeca cogió la cara de Javier, intentando explicarle todo.

— ¿Estabas con él? — volvió a preguntarle.

—Vámonos, te explicaré todo en casa — decía casi rogando.

Aquel espectáculo no era digno de ver de ninguna de las perspectivas. Todos estaban levantados, como enfrentados y ella le rogaba a Javier que la creyese.

—Javier, vámonos, solucionemos esto en casa — seguía repitiendo mientras él la miraba directamente sin decir nada.

Se quedó uno segundos allá de pie, con Óscar a su lado, escuchando todas las barbaridades que Raúl contaba de ella. Aquel hombre se estaba desahogando de todo lo que le había hecho pasar y Javier parecía que no reaccionaba. Todo fue demasiado para él.

Cogió las manos de Rebeca y las quitó de su cara de un solo golpe, siendo incluso algo violento. Pude ver en su rostro cómo se estaba dejando llevar por la ira y me acerqué a él sin pensarlo.

—Vámonos, Daniel no tiene por qué ver esto...

—Tú cállate, no tienes nada que opinar aquí — me gritó Rebeca.

—Vámonos, Javier.... El niño está viendo todo...

— ¡Que te largues! — Rebeca me empujó, aun sabiendo que tenía al niño en brazos.

En ese momento Javier salió del trance en el que se encontraba y cogió la mano de Rebeca con fuerza. La miró con odio, como nunca había hecho con nadie.

—Como vuelvas a tocarla, vas a arrepentirte toda tu vida.

Soltó la mano de Rebeca y se acercó a nosotros para salir de aquel restaurante. La gente se había percatado de todo el espectáculo y empezaban a acercarse a mirar. Óscar tranquilizaba a Raúl y al resto de chicos que estaban en la mesa, dejando claro que Javier no sabía nada al respecto, que había sido otra víctima como él.

Rebeca venía detrás, llorando, rogándole a Javier que la escuchase. Éste no hacía caso a nada de lo que decía, estaba centrado en que nos montásemos en el carro y nos fuésemos a casa.

Arrancó aun con ella rogándole a través de la ventanilla y salimos de allá rápidamente. Daniel estaba un poco asustado, pero no dijo nada. Mantuvimos el silencio hasta llegar a la casa, sabía que necesitaba tiempo para asumir todo lo que estaba pasando.

Nos habíamos librado de Rebeca, aunque no sabía si de las mejores maneras. Había quedado en evidencia delante de todos y por fin Javier sabía qué clase de mujer era. Por dentro no pude evitar sentir felicidad al saber que ya no la íbamos a tener más en casa, que por fin habíamos ganado la partida.



Capítulo 23



Los días siguientes pasaron algo lentos, pero la normalidad se iba recuperando en la casa. Las cosas de Rebeca que quedaron allá acabaron mandándose por correo a la dirección de una amiga suya que no paraba de llamar para intentar tranquilizar las cosas. Javier no estaba dispuesto a oír a Rebeca, la detestaba con todas sus fuerzas, así que no tardó en librarse de todo lo que dejó.

Cuando Marta se enteró de lo ocurrido, apenas se sorprendió. Todos nos esperábamos algo así de ella, pero Javier parecía ser el único ciego en la casa. Quizás confiaba en que las cosas iban a salir bien, en que podía rehacer su vida de una vez por todas, pero no fue así. Rebeca nunca fue la decisión acertada y era mejor que se diese cuenta pronto, se lo merecía.

Daniel, a pesar de su corta edad, entendió perfectamente lo que había pasado. Hablé durante esos días con él sobre el tema, por si se había quedado demasiado asustado ante la situación, pero pareció no importarle. La casa volvía a tener esa paz que la caracterizaba y él lo sabía.

Nos pasamos unas cuantas tardes jugando en su habitación y en el jardín. Javier no proponía salir a ningún lado y podía entender perfectamente que necesitaba su tiempo. Seguía recibiendo llamada continuamente de la empresa, encerrándose en su despacho a trabajar, y, por otro lado, debía estar bastante decepcionado con lo que pasó con Rebeca. Era cuestión de tiempo que todo volviese a su sitio y que regresásemos a la rutina de siempre.

Aquella tarde dejé dormido a Daniel y bajé para dirigirme un rato a mi habitación. Todo lo que pasó me había afectado de alguna manera, me sentía responsable. Óscar y yo organizamos todo para que Javier se diese cuenta de las cosas, pero no quería que sufriera. Nuestra única intención era ayudarlo, aunque le hicimos daño sin querer.

Pasé por la sala y lo vi sentado en el sofá, cabizbajo, con una taza agua fría en las manos. Parecía un poco decaído y no pude evita acercarme a hablar con él.

— ¿Cómo sigues? — pregunté, sentándome a su lado.

Javier levantó y me miró, sonriendo.

—Todo bien, ¿tú?

— ¿Seguro?

—Bueno, ya sabes, ha sido todo un poco desconcertante...

Necesitaba hablarlo con alguien y, aunque no me consideraba la persona indicada, quería escucharlo.

—Me siento como un idiota...

—Nadie se podía imaginar eso de Rebeca — mentí —, es normal que te sientas así.

—He sido un idiota por meterla en casa, por empeñarme en tener algo con ella — me miró de nuevo —, sabía que no te trataba bien, que no era transparente, pero...

—No es hora de culparse, Javier, ya todo pasó.

—Lo sé... Pero me sigo sintiendo culpable, por ti, por nosotros...

Aquella frase me cogió un poco de sorpresa.

— ¿Nosotros?

—Me empeñé en que era la mujer ideal, que lo que me pasaba contigo era un capricho, que no era correcto.

—Javier...

—Rosario, si te besaba era porque no podía resistirme, porque siento cosas por ti — me miraba fijamente —, pero Rebeca parecía la chica ideal para mí, con la que tenía que estar.... He sido demasiado idiota por haberte dejado ir.

—Pero... — no sabía bien qué decir.

—Rosario... siempre me has gustado por encima de ella y me siento más idiota que nunca al tener que darme cuenta de esta forma, al haber dejado que te tratase mal... No me merezco nada.

Javier cogió una de mis manos y siguió mirándome a los ojos, esperando algún tipo de respuesta, pero no supe qué decir. No podía evitar sentirme el segundo plato. Si lo de Rebeca no hubiese pasado de aquella manera, quizás jamás se hubiese atrevido a sincerarse con sus sentimientos. No sabía si aquello era suficiente para mí.

Me quedé mirándolo un buen rato, pensado en todo lo que había dicho. Intentaba asimilar rápidamente todo, pero era imposible. Siempre había sentido cosas por él, desde el primer momento y cuando me besó, supe que él también, pero me había hecho daño en varias ocasiones.

Javier empezó a acercarse lentamente hacia mí, sin importarle nada. Me quedé unos segundos parada, sin poder quitarle la mirada. Me sentía completamente confundida, no sabía cómo reaccionar.

Sus labios empezaron a pegarse a los míos y empezó a cerrar sus ojos para dejarse llevar. Yo no me sentía segura, así que eché mi cabeza para atrás sin apenas darme cuenta.

—Esto no está bien...

—Pero, Rosario...

—No... — me levanté —, sabes que no puede ser.

—Pero...

Me marché, sin pararme a escuchar qué me quería decir. Un remolino de sentimientos y recuerdos vino a mi mente, sin poder evitarlo. Recordaba cómo me besaba, cómo disfrutaba encima de mí, cómo me hacía sentir mujer, pero también cuando me decía que tenía que olvidar las cosas o lo veía besando a Rebeca.

Todas aquellas imágenes venían a mi mente a toda velocidad. Quería estar con Javier, era todo lo que siempre había soñado, pero no sabía si era el momento o la forma de hacerlo. Por más enamorada que estuviese de él, había sufrido y necesitaba tiempo para asimilar y aclarar todos mis

sentimientos.



Capítulo 24

Javier y yo habíamos aprendido a tratarnos como siempre después de aquella conversación. Hacíamos nuestra rutina, como si nada hubiese pasado, aunque en nuestro interior lo sabíamos. Me moría de ganas porque me besara, por acabar de nuevo en sus brazos, pero tenía que dejarle claro que no era el segundo plato de nadie.

Necesitaba tiempo para que todo se calmase. Si alguna vez Javier y yo nos volvíamos a acercar, quería que fuese cuando ya todo lo de Rebeca desapareciese por completo. Quería sentir que me besaba sinceramente y no por despecho o por arrepentimiento. Lo que significaba él para mí era inexplicable, no quería arriesgarme a tenerlo con prisas para que luego terminase sin más, en un abrir y cerrar de ojos.

Aquella tarde decidí coger un libro y salir a leer al jardín, al sitio de siempre. Daniel había ido a pasar el día con sus abuelos maternos una vez más. Los señores iban a estar una temporada dando una vuelta alrededor del mundo y querían despedirse de él antes de marcharse. Javier jamás le quitaba la oportunidad, al revés, sabía que él disfrutaba mucho de esos momentos, así que lo dejaba ir sin problema.

Javier había aprovechado para ir a tomar algo mientras Daniel no estaba, imaginaba que con Óscar. No me había propuesto ir ni nada por el estilo, pero podía entender bien por qué. Después de nuestra conversación y de besarme, seguramente necesitaba desahogarse con alguien, así que no era demasiado lógico llevarme. Él necesitaba también su tiempo a solas, al igual que yo, así que preferí quedarme en la casa.

Sentarme a leer, perderme en aquellas historias, respirar el aroma del jardín y oír el sonido del agua de la fuente era todo lo que necesitaba. Sabía que las cosas iban a volver a su sitio poco a poco, pero necesitaban tiempo. Javier tenía que recuperarse de todo lo que pasó con Rebeca y yo tenía que dejar de sentir que me elegía porque no tenía más remedio.

—Hola, Rosario — Gerardo apareció al rato de estar allá sentada.

—Hola, Gerardo, ¿qué tal? — lo miré y le sonreí, hacía días que me había olvidado de él por completo.

—Bien, esperando todavía que me avises para salir el domingo — se le notaba un poco resentido.

—Te dije que no prometía nada, he tenido demasiadas cosas encima.

—Sí, como estar pendiente del señor Javier.

Aquella frase no me gustó nada.

— ¿De qué hablas?

—No hace falta que te ofendas, os he visto en el salón.

— ¿En el salón?

—Sí, el otro día, no es difícil descubrirnos si ni siquiera hacéis por esconderos.

Me quedé en shock. Jamás hubiese pensado que Gerardo os vio en algún momento, así que no podía negarle las cosas

—Bueno, eso es asunto mío —me levanté —, tengo que ir dentro, ya está oscureciendo y no puedo seguir leyendo.

— ¿Ahora vas a huir de mí?

—No huyo de ti — miré al cielo —, el sol ya prácticamente se fue, no tiene sentido que siga aquí

—Pero es que yo quiero seguir hablando contigo.

—Yo no, Gerardo.

Me di la vuelta para marcharme y sentí cómo me cogió la muñeca con fuerza. Lo miré e intenté soltarme, pero estaba empezando a ponerse rojo de rabia.

—Te he dicho que vamos a hablar — dijo en voz alta.

Empezó a caminar hacia la caseta donde tenía sus materiales, arrastrándome con él. Intentaba por todos los medios soltarme de él, intentando razonar, pero no hacía caso a nada. Se había dejado llevar por la ira y no era dueño de sí mismo.

—Suéltame, Gerardo, no estás haciendo bien.

—Estoy harto de ir detrás de ti, hoy vas a oírme.

—Gerardo, suéltame, te lo exijo.

Me cogió fuertemente y me empujó contra un pequeño muro. Me quedé paralizada al ver cómo se acercaba a mí, sin escrúpulos. Gerardo estaba fuera de sí mismo, no podía controlarlo.

Comenzó a intentar bajarme los pantalones del uniforme a la vez que me agarraba los brazos con fuerza. Yo intentaba soltarme de todas las maneras posibles, incluso escupiéndole en la cara, pero estaba fuera de sí mismo.

Cogió mi camisa y me la rasgó, dejando mis pechos al descubierto. Comenzó a besarme en el cuello y a intentar meter la mano por mi ropa interior, mientras yo intentaba forcejear todo lo posible por soltarme. Gerardo estaba dispuesto a violarme y yo no tenía fuerzas para librarme de él.

Alcancé a darle un mordisco fuerte en el hombro y eso le enfureció aún más. Me cogió por la cintura y me tumbó en el suelo poniéndose encima. Intentaba por todos los medios forcejear para salir de allá, pero las fuerzas se me iban acabando. Llevaba un buen rato luchando contra Gerardo, que tenía el triple de fuerza que yo, así que no podía hacer mucho.

Consiguió bajarme un poco los pantalones, mientras hacía lo mismo con los suyos. Parecía que el momento era inevitable, que no podía hacer nada contra él y comencé a llorar y a pedir ayuda. Era lo único que podía hacer en esos momentos, pues él me había conseguido reducir lo suficiente para hacer lo que le daba la gana,

Me tapó la boca fuertemente con la mano, intentando bajar sus pantalones lo más rápidamente posible. El que siempre consideré mi amigo, con el que jugué desde que era pequeña, estaba intentando forzarme a tener relaciones sexuales con él.

No supe bien en qué momento, porque todo comenzó a pasar a cámara lenta, Gerardo parecía quitarse de encima. Me quedé paralizada, mirándolo. No entendía bien qué estaba pasando, me sentía completamente desorientada.

Miré hacia arriba y pude ver la cara de Javier. Había cogido por el cuello a Gerardo y estaba golpeándolo sin parar. De un solo salto me puse de pie, intentando poner bien mi ropa, incrédula ante lo que estaba sucediendo.

— ¡Cómo te atreves a tocarla! — gritaba — ¡Cómo te atreves!

Escuchaba eso una y otra vez mientras Gerardo, con cara de asustado, recibía todo lo que Javier le daba. Jamás lo había visto así, fuera de sus casillas, siendo agresivo con otra persona, daba mucho miedo.

Podía ver cómo la cara de Gerardo sangraba y cómo Javier le gritaba mientras lo golpeaba una y otra vez. Empecé a tener miedo parecía que lo estaba dejando inconsciente e intervine entre los dos. Separé a Javier de Gerardo y éste, una vez que cayó al suelo, salió corriendo de la casa.

Javier me miraba, intentando tranquilizarme. Todo sucedió demasiado deprisa y no podía dejar de llorar.

— ¿Estás bien? — preguntaba mientras intentaba taparme con su chaqueta — ¿Estás bien,

Rosario?

Lo miraba, asintiendo con la cabeza. Llegó justo a tiempo para parar la situación, para que Gerardo no consiguiese aprovecharse de mí.

—Vamos a casa, necesitas tranquilizarte.

Javier me abrazó, poniéndome su chaqueta por encima y fuimos directamente a su habitación. Gerardo me había hecho algunas heridas al intentar forzarme, pero en el momento no me di cuenta. Estaba tan desesperada por salir de la situación que no me fijé en que estaba sangrando por diferentes sitios. Tenía cortes de haber estado tumbada en el suelo y algunos moratones por la fuerza con la que me trató.

— ¿Cómo ha podido pasar eso? — preguntaba Javier, furioso, mientras me curaba las heridas.

—Gerardo siempre ha intentado tener algo conmigo, no ha soportado el rechazo.

—Si lo vuelvo a ver, pienso matarlo — me miró a los ojos directamente.

Empecé a hacer ejercicios de respiración para calmarme y dejar de llorar. Me sentía completamente débil.

Después de un buen rato abrazado a mí, conseguí recomponerme. Estaba en la habitación de Javier y me sentía protegida, sabía que allá nada podía pasarme. Agradecí enormemente su intervención, consiguió salvarme de algo que podía haberme destrozado la vida.

—Gracias por todo — lo miré a los ojos.

—Cuando he visto que alguien estaba haciéndote daño...

—Ha sido horrible...

—Rosario, ahora más que nunca tengo claro mis sentimientos por ti, casi me vuelvo loco cuando he visto todo eso, no podía soportar la idea de perderte....

Javier me cogió la cara con las manos, mirándome directamente a los ojos.

—Sé que no es el momento, pero quiero que sepas que no puedo estar sin ti, que no quiero que te pase nada, que quiero protegerte el resto de mi vida...

—Javier...

—No digas nada, solo acéptame...

Lo miré a los ojos y sentí demasiadas cosas en mi interior. Lo que más deseaba en el mundo era estar con ese hombre. Cerré mis ojos y comencé a acercarme lentamente a besarle, sin importarme nada más.

Ese beso nos llevó a perdernos en el interior de sus sábanas el resto de la noche. La pasión con la que nos besamos e hicimos el amor fue algo difícil de explicar. Fue como si intentásemos recuperar todo el tiempo que habíamos perdido y demostrarnos el uno al otro que no íbamos a soltarnos nunca más.

Acabé con el hombre que llevaba enamorada meses, a pesar de todos los obstáculos. Sentía que aquella casa ya no era la jaula en la que me había sentido miles de veces, sino que se convertía en mi hogar. La vida me dio demasiados golpes en poco tiempo, pero si ese era el final que me esperaba, lo repetiría una y otra vez.

FIN

Table of Contents

Capítulo 1.....	
Capítulo 2.....	
Capítulo 3.....	
Capítulo 4.....	
Capítulo 5.....	
Capítulo 6.....	
Capítulo 7.....	
Capítulo 8.....	
Capítulo 9.....	
Capítulo 10.....	
Capítulo 11.....	
Capítulo 12.....	
Capítulo 13.....	
Capítulo 14.....	
Capítulo 15.....	
Capítulo 16.....	
Capítulo 17.....	
Capítulo 18.....	
Capítulo 19.....	
Capítulo 20.....	
Capítulo 21.....	
Capítulo 22.....	
Capítulo 23.....	
Capítulo 24.....	